

X Por Jaime Barrera B. _____

Bibliotecario de la Universidad Central _____

X Obras y documentos antiguos existentes en la Biblioteca de la Universidad Central _____

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Voyage autour du monde commence en 1708 &
fini en 1711 par le Capitaine Woodes Rogers (1717)

Libros y documentos raros existentes en la Biblioteca de la Universidad Central

Un ataque a Guayaquil en el siglo XVIII

Desde que las colonias americanas empezaron a ser fuentes productoras de grandes riquezas para España, apareció en los mares una nueva faz de ese fenómeno histórico conocido con el nombre de piratería. El Mediterráneo dejó de tener su preponderante importancia y los barcos piratas abandonaron sus aguas para dirigir sus miradas a las codiciables presas que venían de América. Los piratas, provistos de patentes de corso otorgadas por sus respectivos gobiernos — especialmente por el de Inglaterra — eran «caballeros del mar» soldados de la armada de su nación, que prolongaban las guerras patrias a los lejanos confines de los mares de América. Muchos de ellos, deliberada o accidentalmente, hubieron de dar la vuelta al mundo, haciendo adelantar con esas expediciones el conocimiento geográfico del planeta.

Uno de estos «caballeros del mar» fué el Capitán Woodes Rogers, inglés, que surcó el Atlántico y el Pacífico, armado en corso por el gobierno británico, capturando repetidas veces galeones españoles. En 1708 partió el Capitán Rogers del puerto de Bristol, en sus dos veleros: el «Duque» y la «Duquesa». Dió la vuelta a América doblando el Cabo de Hornos, y hacia 1709 lo encontramos atacando al puerto ecuatoriano de Guayaquil. Por el mismo año, el Capitán Rogers capturó el galeón que venía de Manila a Acapulco y recogió gran cantidad de botín. Dando la vuelta a África, regresó el año 1711 al puerto de origen.

Al año siguiente publicó en Londres un libro que se titula: «*A cruising Voyage Round the World: First to the South-Seas, thence to the East Indies, and homewards by Cape of Good Hope. Begun in 1708 and finished in 1711. Containing a Journal of all the Remarkable Transactions; particularly, Of the Taking of Puna and Guayaquil, of the Acapulco ship, and other Prizes; An Account of Alexander Selkirk's Living alone four Years and four Months in an Island; and a brief Description of several Countries in our Course noted for Trade, especially in the South Sea... And an Introduction relating to the South-Sea Trade. Maps of all de Coast from the best Spanish Manuscript Draughts. London.*»

Como se ve, los acontecimientos más importantes del viaje del Capitán Rogers son la toma de Puná y Guayaquil, el encuentro de Alexander Selkirk en la Isla Juan Fernández y el apresamiento del galeón de Acapulco. El episodio de Alexander Selkirk es de mucha importancia para los estudiosos de literatura, ya que de la solitaria vida de este marínero, dejado en la isla Juan Fernández por el Capitán Stradling cuatro años antes y recogido por Rogers, tomó Daniel Defoe el material necesario para componer su famosa vida de Robinson Crusoe.

En cuanto a la entrada del Capitán Pirata a Guayaquil, encontramos esta referencia en el «Aviso histórico, político, geográfico, con las noticias más particulares del Perú, Tierra-Firme, Chile y del Nuevo Reyno de Granada..» de Dionisio de Alcedo y Herrera (1740) —otra joya valiosa de la Biblioteca de la Central— en que se encuentra equivocada la ortografía del nombre inglés de Rogers. Dice así Alcedo:

«y despues en la Mar del Sur, por el año de 1709. al tiempo de conducir el todo de el empleo al Perú en los Vaxeles Marchantes del Comercio, se havian introducido otros dos Pyratas Ingleses, el uno llamado Guillermo Dampierre, con una Fragata de 32 piezas de Cañón, y el otro nombrado Roggiars, con otra de 24. y con 450. hombres de tripulación, los quales repitieron otros nuevos insultos mas considerables en las presas de diferentes Navíos, y entre ellos dos muy interesados, el uno de Don Joseph de Arizabalaga, y el otro de Don Pablo, y Don Juan Morel; y despues de estos intempesivos, y repentinos daños, passaron a saquear la Ciudad de Guayaquil, en que hicieron un despojo muy considerable de

todo lo precioso de los muebles de los vecinos, y en el rescate de la Ciudad, para librarla de la condenación del incendio a que la tenían sentenciada, de que se dió cuenta con relación al Virrey, y con la noticia de la calidad, número y fuerzas del Enemigo, aprestó á toda diligencia una Esquadra de 5. Navíos de Guerra, á la conducta del Almirante Don Pedro de Alzamora Urfino, los tres de ellos Españoles, gobernados de los Capitanes Don Fernando de Arevalo, Don Andrés de Valverde, y Don Pedro Bravo de Lagunas, y los dos restantes Franceses, del comando de los Capitanes Monsieur Poree, y Monsieur Davis, los quales corrieron todas las Costas del Perú, las de Tierra-Firme, y las de Nueva España, sin haber tenido la fortuna de encontrar a los dos de los Ingleses».

Del libro del Capitán Rogers se han hecho tres ediciones inglesas: la primera de 1712, la segunda de 1894 y la tercera de 1928. Y se ha hecho también una edición francesa, impresa en Amsterdam, que es la que tiene la Biblioteca de la Universidad, de fecha 1717. La fecha que a esta edición asigna Edward Godfrey Cox en su índice bibliográfico de viajes —1716— nos parece equivocada, ya que no tenemos noticia de dos ediciones francesas hechas en Amsterdam en los dos años mencionados. Tampoco tenemos noticia de que este diario de viaje se haya traducido al español, a pesar del interés que tiene por sus descripciones de las Guayanas, del Amazonas, del Río de la Plata y de la costa del Pacífico hasta México, por esto hemos considerado de interés traducir los capítulos de esta obra relacionados con la entrada a Guayaquil, en los que encontramos también interesantes observaciones acerca de sus pobladores y sus costumbres. Este «clásico de la bucanería» ha visto así los territorios que hoy forman el Ecuador:

Diario de lo que pasó en el mes de abril. Nuevas presas y nuevos reglamentos que hacen. La isla de Santa Clara. Isla y pueblo de Puná que está abandonado. Del ataque y de la toma de Guayaquil, con una descripción de esta
▣ ▣ ciudad y muchas otras particularidades ▣ ▣

1709. 1º. de abril. Tuvimos pequeños vientos frescos y un buen tiempo muy sereno. Fuí esta mañana con nuestra gabarra a bordo de la «Duquesa» y del «Comienzo» para convenir de qué manera procederíamos en el caso que tuviéramos que dar caza a más de un barco a la vez.

Día 2. Ayer por la tarde fuimos sorprendidos viendo el mar tan rojo como fangoso en muchas millas a la redonda; pero esto no procedía sino de los huevos de pescado que flotaban sobre el agua. Esta mañana, al salir el día, descubrimos una vela a dos leguas más o menos en dirección del viento: inmediatamente puse al mar mi pinaza bien armada bajo las órdenes de mi primer teniente Mr. Frye, quien a las ocho alcanzó este barco llamado *La Ascención*. Estaba construido como un galeón, con galerías muy altas, tendría de 400 a 500 toneladas y estaba mandado por dos hermanos, José y Juan Morel. Iba de Panamá a Lima con mercaderías finas y maderas de ebanistería; llevaba 50 negros y diversos pasajeros.

Día 3. Tomamos primero a la tripulación, después de haber retirado algunos prisioneros; Mr. Frye fué nombrado comandante. Encontramos una cantidad de buenas provisiones que nos dieron mucho contento. Ayer avistamos otra vela que el *Comienzo* tomó y que nos trajo esta mañana. Era una barca de 35 toneladas, partida de Guayaquil con madera de ebanistería, para Chancay, cerca de Lima, y cuyo dueño, Juan Guastellos, tenía 11 blancos de equipaje y un negro. Después que hube fijado el tiempo y los lugares de encuentro con la *Duquesa* y el *Comienzo*, estos barcos nos dejaron. Informados de otra parte por nuestros prisioneros, como ya lo he dicho, que el obispo de Chokeaqua, ciudad situada al sur del Perú, debía volverse a Payta, para refrescarse y continuar su ruta hacia Lima, resolvimos esperarle al paso.

Día 4. Ayer tarde a las seis nos separamos de Mr. Frye, quien tiene orden de mantenerse con las dos presas y de bordear a ocho leguas cerca de la rivera, a vista de las eminencias que tienen el nombre de la «Silla de Payta», porque con el terreno bajo que está entre dos alturas, tiene la figura de una silla. Yo me dirigí hacia la costa y esta mañana dí caza a una vela que estaba bajo viento; ella hizo una señal que me persuadió que era la *Duquesa*, pero para alarmarle un poco hice quitar el pabellón que le hubiera servido para reconocernos, de suerte que nos tomó por un barco enemigo y al acercarme se puso en estado de defenderse.

Día 5. Ayer al medio día fui a bordo de la *Duquesa* en donde permanecí hasta la tarde. Mientras estaba allí se nos juntó el *Comienzo* y convinimos acerca del puesto que mantendríamos cada uno. Este pequeño barco debía acercar-

se a Payta lo más que fuera posible sin ser descubierta; la *Duquesa* debía bordear a ocho leguas de distancia bajo viento y yo debía tenerme frente a frente de la misma plaza a siete u ocho leguas, sobre el viento. Apenas les había dejado, y ya el sol estaba a punto de ponerse, cuando creyeron ver un barco al que le dieron caza lo más pronto; pero percibimos entonces que era una ballena que respiraba. Hay un gran número sobre esta costa. El viento sopló del sureste cuarto al sur este-sudeste.

Día 6. Nos reunimos con las tres presas a las cuatro de la tarde y las encontramos en buen estado. Mr. Frye había equipado de velas y de remos la chalupa que habíamos construido en Lobos para dar caza con pequeño viento a todo lo que se presentaba: había mucha gente para emplear en este uso en estos mares apacibles en que no hay temor de enemigos.

Día 7. Esta mañana a las ocho teníamos la «Silla de Payta» al Este-Noreste a siete leguas, y al medio día al noreste a diez leguas. Pasé a bordo del galeón de Mr. Frye a quien di nuevas órdenes sobre su colocación, con las señales para las dos presas, en caso de que las viera; y después de haber comido con él un buen cuarto de cordero y coles, que es un plato muy raro de por aquí, retorné a mi barco.

Por lo demás sobre que Mr. Vanbrug había amenazado matar a uno de nuestros hombres en Lobos, por haber rehusado llevarle algunas cornejas hediondas que había matado con su fusil, y sobre la requisición del Capitán Courtney que se quejaba de la manera de proceder a su respecto, nos juntamos en consejo en el que se declaró «que por cuanto Mr. Vanbrug había cometido diversas faltas y era incapaz de servir en calidad de miembro del consejo, que Mr. Samuel Hopkins tome en lo posterior su puesto». Todos los miembros del consejo firmaron esta orden que fué seguida el mismo día por otra según la cual se aprobaba todo lo que había pasado y todas las resoluciones que se habían tomado desde nuestra partida de la Isla Grande.

Día 11. Ayer a la tarde los oficiales de la *Duquesa* vinieron a bordo de mi barco para averiguar lo que debíamos hacer, porque comenzaba a faltarnos agua.

Día 12. Esta mañana tomamos la firme resolución de atacar a Guayaquil, escogiéndose dos barcos que servirían para transporte de artillería, municiones de guerra y de boca,

y de todo lo que era necesario. Se formuló aún un reglamento sobre esto, que fué firmado por los principales oficiales de nuestros dos navíos y que estaba concebido en estos términos:

«Después de haber consultado a los pilotos que había en nuestras presas y en vista de que teníamos gente, barcos, armas y todo lo que nos es necesario para el ataque de Guayaquil, hemos resuelto emprenderlo. Para este efecto designamos a los capitanes Dover, Rogers y Courtney para comandar los tres destacamentos, todos de la misma fuerza, que deben desembarcar reservando 21 hombres que quedarían con el Capitán Dampier y Mr. Glendall para cuidar de la artillería, de las municiones de guerra y de boca, etc., ponerlas en lugar cómodo cerca de la rivera, ayudar a desembarcar los efectos que se podrían encontrar en la dicha ciudad y socorrer a cualquiera de los Capitanes en jefe según lo demandare la necesidad.

«Por otra parte dejamos enteramente la conducción de esta expedición a la prudencia de dichos capitanes en jefe a quienes rogamos encarecidamente procedan de acuerdo entre ellos, porque es la única manera de lograr ocultar nuestros designios a los enemigos y de impedirles transportar sus riquezas a alguna otra parte, u oponerse con vigor a nuestro desembarco. Esta es nuestra opinión que hemos firmado de nuestra propia mano el 12 de abril de 1709».

Los Capitanes Dover, Courtney y yo nos obligamos también por un escrito de la misma fecha a proseguir la ejecución de este designio con todas las fuerzas y hasta con el sacrificio de nuestras vidas.

Día 13. Provistos los tres de este poder e informados por otro lado de que nuestras gentes murmuraban de que se les empleara en un servicio de tierra, a fin de prevenir las deserciones y los amotinamientos, hicimos esta nueva declaración:

«En tanto emprendemos en el ataque a la ciudad de Guayaquil hemos resuelto aprestarnos con todo secreto y toda diligencia posibles; pero a fin de que nuestras tropas tomen ánimos para que en esta ocasión den pruebas de bravura, declaramos en *primer lugar*, que toda existencia de paños, mantas de cama, cordeles, vestidos, anillos de oro, hebillas, botones, licores, víveres, municiones de guerra y armas, con reserva de la artillería gruesa, fueran puestos en

calidad de botín para ser distribuidos entre el equipaje de los dos barcos, sea a bordo o en tierra, siguiendo las porciones destinadas a cada uno.

«Declaramos en *segundo lugar* que toda clase de plata o de oro trabajada, como crucifijos o relojes, y todo lo que se encuentre en poder de los prisioneros, será tomado como botín, con excepción de la plata amonedada, de los zarcillos, perlas, diamantes y toda clase de piedras preciosas. Además si este detalle no fuera exacto, será permitido a cada uno o a quienes sean nombrados para velar por los intereses de nuestros equipajes, hacer sus reclamos, al retorno de esta expedición e insistir sobre lo que creyeran que debía también pertenecer al botín. En este caso, prometemos convocar primero una asamblea de todos los oficiales de nuestros dos barcos para determinar lo que pareciera justo y razonable. Por otro lado, dejaremos los artículos formulados en la isla San Vicente en toda su fuerza y vigor a fin de que bajo pretexto de cosas destinadas al botín no se defrauden los derechos de nuestros propietarios o cualquiera de los intereses, y que no haya nadie que oculte oro o plata, trabajada o no, perlas, joyas, diamantes y otras piedras preciosas, pero que cada uno dé a su oficial lo que encuentre o que lo lleve al sitio destinado a recibir el botín, bajo pena para los infractores de ser castigados severamente.

«Si tomamos esta ciudad o cualquier otra plaza por asalto o llegamos al abordaje de algún navío enemigo, cada uno tendrá lo que está acordado por dichos artículos formulados en la Isla de San Vicente además de las recompensas que los propietarios deban dar a quienes se señalaren en alguna acción. Pero si alguno de nuestros partidos bate al enemigo, entonces todos los prisioneros, su dinero, sus armas y sus despojos les pertenecerán, es decir que todo será entregado al oficial u oficiales de este cuerpo para distribuirlo, según la proporción tomada, entre los victoriosos, quienes tendrán todo el provecho y toda la gloria en este feliz suceso. Aunque no hayamos hecho hasta aquí ningún botín que mereciera ser repartido, no dudamos que en la ejecución de esta empresa no nos anime a todos a llevar las riquezas de Guayaquil a los diferentes lugares marcados sobre la rívera, en donde habrá personas para embarcarlas y tenerlas en buena y fiel cuenta en los registros públicos; de retorno a bordo de nuestros barcos no se tardará a proce-

der a la repartición igual y satisfactoria para todos los intereses,

«En fin, para prevenir accidentes fastidiosos que pudiera ocasionar la mala conducta de nuestras gentes, declaramos que todo oficial, soldado o marinero que tuviera la imprudencia de embriagarse en tierra, en país enemigo, será castigado rígurosamente y privado de su porción en el botín. Toda persona que desobedeciere las órdenes de sus superiores o que abandonare su puesto o desanimare a otro o que testimoniara alguna cobardía o que pusiera fuego en alguna parte de la ciudad o que hiciera perjuicios sin una orden positiva o en fin que cometiera abusos con alguno de nuestros prisioneros, esperará la misma pena. Por otra parte nosotros tendremos siempre cuidado de retener en rehenes a los principales de entre los españoles, a fin de que sean responsables de nuestras gentes y que nos rindan cuenta de ellas para que no nos falte ninguno; pero esta precaución no debe estimular a nadie para abandonar un solo minuto su puesto o a su oficial. En una palabra, si se observan exactamente todas estas medidas, estamos convencidos de sobrepasar a cuantos han tentado alguna cosa en estos mares, para enriquecernos con nuestros amigos, contribuir a la gloria de nuestra nación y aún ganar la estimación de nuestros enemigos. Hecho y firmado a bordo del barco *El Duque* el 13 de abril de 1709».

Día 14. Esta mañana se repartieron armas, municiones de guerra y de boca con nuestro equipaje sobre las barcas; y como la mía era más grande que la del Capitán Courtney se embarcaron en ella algunas de sus gentes. Pasamos toda la noche frente a frente de la gran bahía de Guayaquil, resueltos a dejar nuestros barcos a una buena distancia en el mar, de miedo de que se les descubriera de la ciudad de Tumbes que está a la derecha en la entrada de la bahía y que este accidente arruinara nuestros desig-nios. Tuvimos un pequeño viento sur; estábamos a 4°23' de latitud y a 85°42' de longitud.

Día 15. Al amanecer apercibimos un barco entre nosotros y la tierra; la calma nos obligó a enviar nuestras pinazas armadas. Prevenidos de que no se encontraría ninguna resistencia, nuestras gentes acudieron apresuradamente, con pocas armas y sin la culebrina rayada. Mi hermano, Juan Rogers, quien por desgracia se hallaba a bordo de mi

barco a donde había venido para ayudarme a preparar todas las cosas, porque debía ser subteniente de mi compañía en tierra, se puso en nuestra pinaza. En otra vez me había opuesto a su bajada a la pinaza, cosa que había tomado como cruel afrenta, por lo que no quise hoy día oponerme, aunque no faltaban oficiales para esta empresa, y que su puesto de segundo subteniente a bordo de la *Duquesa* no le obligaba a ir allá; pero la amistad que tenía con Mr. Frye, que era de nuestros parientes y que comandaba mi pinaza, le determinó a seguir en calidad de voluntario. La chalupa de la *Duquesa* estaba más mal provista que la nuestra y según me dijo el Capitán Cook después, no tenía armas suficientes para todos. Cerca de las nueve, la nuestra se puso a tiro de cañón del enemigo, que se reconoció ser el mismo barco de la armada francesa que buscábamos y que pertenecía a Lima. Puso enseguida un estandarte español a su popa y arboló un pabellón al tope de su palo mayor que nuestras gentes tomaron por la bandera del obispo, porque era muy larga, de satén blanco y adornada de franjas, que no es el pabellón ordinario de los barcos. En seguida soltó un cañonazo a nuestra pinaza que esperó más de media hora a la de la *Duquesa* que no iba muy bien al remo. Cuando estuvieron juntas, el capitán Cook, Mr. Frye y mi hermano consultaron entre ellos sobre los medios que emplearían para triunfar en el ataque de este barco: y se resolvió que mi pinaza le tomaría por la popa y la otra por el costado, hasta que pudieran llegar a un mismo tiempo al abordaje. Pero cuando se acercaban y antes que hubiesen alcanzado su puesto, como era convenido, se vieron forzados a atacar al enemigo por atrás donde estaban plantadas cinco piezas de cañón y desde donde hacía un gran fuego con más de veinte mosquetes o carabinas. Aunque obligados a retroceder por dos veces, después de la pérdida de un hombre y de haber tenido dos heridos y que la andanada del enemigo causara daños en las velas y en los cuerpos de nuestras pinazas, todo esto no impidió para que se volviera a la carga. Fué en esta ocasión cuando mi hermano perdió la vida de un mosquetazo en la cabeza. Mis gentes, alarmadas con este desastre, abandonaron la partida, y después de haber puesto en la otra pinaza a todo el mundo y las armas que pudieron pasar, retornaron a la tarde a bordo de mi barco, con dos muertos y tres heridos. Confieso que este

triste espectáculo me contristó; pero resuelto a proseguir hasta el fin el designio de nuestro viaje y de vencer las más grandes dificultades, traté de consolarme lo mejor que me fué posible.

Día 16. Ayer a las dos más o menos, de la tarde, nos hicimos dueños del barco español que tenía más de 50 hombres de esta nación y 100 negros, indios o mulatos. Sin embargo, no quiso arriar el pabellón sino a medio tiro de cañón de nuestros dos barcos que no habían podido ayudar en el ataque a causa del poco viento que hacía: la *Duquesa* que se encontraba más próxima que el *Duque* le lanzó dos cañonazos, lo que le obligó a arriar y a rendirse. Pero nos faltaba el prelado que había desembarcado hace una decena de días en la punta de Santa Elena con su vajilla de plata y todo su equipaje para detenerse en Guayaquil. Esta mañana tuvimos a la vista una pequeña vela cerca de la rívera y enviamos por ella a mi pinaza y al *Comienzo*. Era una pequeña barca de Paíta cargada de jabón, de cañafistula y de cueros. A medio día se leyeron a bordo de mi fragata las oraciones para la sepultura de los muertos y se arrojó al mar el cuerpo de mi hermano con el de uno de nuestros marineros; otro quedaba muy grave. Enarbolamos nuestros pabellones a media asta y nuestros dos barcos lanzaron algunas salvas de su mosquetería. Todos nuestros oficiales parecieron apenados por la pérdida de mi hermano que no tenía más de 20 años y que era, si se me permite decirlo, un joven muy activo y de grandes esperanzas.

Día 17. Preparamos todas las cosas para el desembarco y leímos a nuestras gentes el acuerdo que habíamos hecho el 13 de este mes para darles ánimos. Ellos se manifestaron con todo ardor y todos quisieron ser de la partida, sin reflexionar que había necesidad de gente a bordo de nuestros barcos para guardar a los prisioneros y asegurar nuestra vuelta. Pero era una muestra de su bravura, ya que la ventaja debía ser igual para todos, sea que quedaran a bordo o que formaran parte de la expedición. Por otra parte, dimos un billete a cada uno, con el nombre de su compañía a fin de que no se alejasen cuando estuviesen en tierra para ir de mero-deo y escogimos a los más honrados de entre ellos para mandarlos de diez en diez bajo la orden de los capitanes. Resolvimos también Mr. Courtney y yo hacer la cortesía a Mr. Dover, que era nuestro Presidente y uno de los más interesa-

dos en mi barco, de darle con el tercio de los hombres la preferencia de comando en nuestro desembarco, bien entendido que todos lo tendríamos por turno.

Día 18. Ayer a la tarde el capitán Courtney y yo arreglamos todo a bordo de nuestros barcos y de nuestras presas. Hicimos pasar al mismo tiempo sobre las barcas a aquellos que se les destinaba para el desembarco y se puso en los hierros a muchos de nuestros prisioneros porque no teníamos gente suficiente para guardarlos. Convínimos en dejar 42 hombres o grumetes, tanto sanos como enfermos, a bordo de mi fragata, bajo las órdenes de Roberto Frye; 37 a bordo de la *Duquesa*, comandados por Mr. Gook, 14 sobre el galeón, bajo las órdenes de Jean Bridge; 14 sobre el *Havre de Grace* mandados por Robert Knowmam, y 4 a bordo del *Comienzo* mandados por Henri Dack; en todo 111, de manera que nos quedaban 201 para ir a tierra. Teníamos más de 300 prisioneros, de los cuales más de la mitad eran españoles o indios y los otros negros. Puse sobre mi barca al Capitán del barco que acabamos de tomar, con siete de los principales de su equipaje, a fin de prevenir el peligro que podría haber de su parte durante nuestra ausencia. A pesar de todo esto, obligamos a Mr. Morel y a otro español a servir de pilotos a los Capitanes Cook y Frye, a quienes ordenamos mantenerse al largo durante el espacio de 48 horas y forzar en seguida las velas hacia Punta Arenas para permanecer allí hasta nuestra vuelta. Después de haber hecho el embarcamiento y puesto en orden todo, partimos a la media noche y dejamos nuestros barcos a nueve leguas al rededor de la Isla de Santa Clara y a 36 de Guayaquil. Hacia el medio día corrimos a la altura de esta isla con poco viento y con gran calor, la isla parece un cadáver extendido, y es por esto que los españoles la llaman *Muerto*; no tiene sino dos millas de largo y nos quedó hacia la derecha porque el canal no es propio sino para barcos a causa de los bajos fondos que hay cerca de la isla, y del lado del mar al norte.

Día 19. Ayer al rededor de las diez anclamos con nuestros dos barcos a la vista de Punta Arenas, sin haber podido mantenernos contra la marea. Esta mañana a las cuatro, el Capitán Courtney y yo, informados que los de Guayaquil tenían una garita a una legua cerca de su ciudad, hicimos ruta con nuestras chalupas y 40 hombres y ordenamos a las barcas quedarse en Puná el espacio de una marea después de

nosotros, para tener tiempo de sorprender a Guayaquil antes que se les pudiera dar ninguna alarma. Llegados a la altura de Puná, que está a la mitad del camino, nos abordamos allí, y pusimos nuestras chalupas a cubierto bajo las ramas de los mangles, hasta que la mar subiera. Por otra parte, no hay manera de pasar a través de esta isla, porque está muy cubierta de mangles espesos y de senderos cenagosos en que hormigúean las moscas.

Día 20. Ayer por la tarde nos disimulamos unos y otros, para que si se nos descubriera se nos tomara por árboles flotantes. Tenemos un buen piloto indiano que nos aconseja echar un rezón a las once de la noche y mantenernos con nuestras chalupas a una milla más o menos de la plaza para poder sorprenderla al amanecer. Su opinión fué aceptada, pero al acercarnos al pueblo de Puná, descubrimos luz sobre dos balsas que estaban cerca de la rívera y que apresamos con todas las canoas que allí había. Sin embargo un indiano que se escapó puso en alarma a los habitantes que se encerraron en la iglesia y que huyeron a los bosques antes de que pudiéramos llegar a sus casas. Con todo tomamos al Teniente que comandaba aquí con toda la familia y una veintena de personas. Nos aseguraron todos que era imposible que Guayaquil tuviera noticia de nuestra llegada. Además enviamos algunos de los nuestros para apresar a los centinelas que ocupaban los puestos avanzados y para hundir las canoas y las balsas que se encontraban allí. Hacía en este día un calor excesivo, lo que no impidió que alguno de nuestros hombres se embriagara por la mañana, bebiendo licores fuertes que había en las casas. Este pueblo de Puná está compuesto de una treintena de habitantes y de una capilla. Llegó a nuestras manos un escrito español que nos causó inquietud; estaba dirigido al Teniente General que comandaba en jefe estos cuarteles y le ordenaba hacer buena guardia porque se le había advertido que el Capitán Dampier debía venir por estos mares en calidad de piloto con una escuadra de barcos de guerra. Se había enviado desde Lima una copia de este aviso a todas las plazas habitadas de la costa del Perú, añadiéndose que los franceses no tardarían en perseguirnos, tan luego como se sepa nuestra llegada. Por otra parte, las gentes que habían venido en una barca de Payta nos habían dicho que había allí dos grandes barcos

franceses en la rada del Callao (1), uno en Pisco y dos en la Concepción, que es un puerto de Chile, a pesar del rumor que corría de que los franceses no regresarían a estos mares y que sus fragatas estaban montadas con cuarenta y cincuenta piezas de cañón y aun más. Pero encantados de que no se nos hubiera descubierto más pronto y que no se podría hacer llegar de Lima en menos de 24 días, esperábamos haber hecho hasta entonces nuestro asalto y retirarnos sin que pudieran encontrarnos. Por otro lado la incertidumbre de los españoles a nuestro respecto y el temor que tenían de la venida de una escuadra bajo las órdenes del Capitán Dampier, que es el conocido de estas gentes, porque sorprendió este mismo pueblo la última vez que estaba por estos mares, todo esto favorecía a nuestros designios. Resolvimos fortificar estos rumores, no solamente para impedir que en Lima se armen contra nosotros, sino también para echar el espanto y la consternación. Como quiera que sea, ésta era la sustancia del escrito español de que acabo de hablar:

El Teniente General Don Jerónimo Boza y Solís, Corregidor y Juez de la Villa de Santiago de Guayaquil, bajo la jurisdicción de la Capitanía General por Su Majestad.

«He recibido una carta de Su Excelencia mi señor el Marqués Castel de los Reynos (sic), Virrey, Gobernador y Capitán General de estos Reynos, con la copia de otra que es del tenor siguiente:

«En el paquete de cartas que he recibido de España hay órdenes de Su Majestad con la nueva de que diversos señores equipan en Londres siete barcos de guerra montados con 44 a 74 piezas de cañón cada uno, para ir al Mar del Sur, bajo el mando de un inglés llamado Dampier; que estos barcos deben pasar en Irlanda durante el mes de abril para hacer víveres y dirigirse en seguida a esos mares y ocupar allí una abra y una isla que podría ser muy bien la de Juan Fernández. Daréis este aviso a todas las provincias que se considere necesario, a fin de que tomen buenas medidas para guardar las costas y las abras. Os encargaréis en particular, vos Dn. Jerónimo, de informar de ello al mayor número de habitantes de las costas que pertenezcan a esa jurisdicción y tener cuidado que retiren de allí el ganado mayor y los ví-

(1) Callo en el original.

veres, a fin de que los enemigos no encuentren con qué subsistir y se vean obligados a abandonar esos mares, donde no pueden llevar muchos víveres a bordo de sus barcos para permanecer largo tiempo. Por otra parte, recomendadles poner guardias en todas las costas y en los puestos de mar en que lo exigiera la necesidad; que tengan la orden de observar todos los barcos que lleguen a cualquier puerto y de avisarlo incesantemente a fin de que pueda enviarse la noticia de un corregidor a otro, hasta que llegue a conocimiento del Virrey, y que todo esto se ejecute con diligencia para servicio de Su Majestad. No dudo que se tomarán buenas medidas para descubrir el movimiento de los enemigos, que se les impedirá encontrar víveres en la costa o en los pueblos de su jurisdicción y que se darán pruebas de celo y actividad por el servicio del Rey en un asunto de esta importancia. Espero también que se tendrá el cuidado de informarse de los barcos franceses que se encontraren en las costas o en los puertos de su distrito, pues que sabemos que se encuentran en estos mares, para advertirles acerca de la escuadra enemiga, debiéndose tomar un certificado de la diligencia que se haga a este respecto para enviármela, a fin de que no puedan alegar sorpresa en caso de que los enemigos obtengan alguna ventaja sobre ellos. Dios quiera conservar a Don Jerónimo, etc.

El Marqués de Castel de los Reyes. (1)

Don Jerónimo Boza y Solís.

«La misma orden ha sido enviada al Teniente General, a todos los oficiales de la Costa, al Teniente de Puná, etc.»

Día 21. Ayer a las dos de la tarde he dejado a los capitanes Courtney y Dampier en Puná y muy sorprendido de que no llegaran nuestros barcos, que estaban a una marea y media atrás, fui en su busca con la pinaza, la chalupa grande y el Teniente de Puná, con el designio de juntarme a estos dos capitanes que debían pasar toda la noche en el río para impedir que se diera ningún aviso sobre nosotros

(1) Se refiere el autor a Dn. Manuel Oms de Santa Pau, Olim de Senmanat y de Lanuza, Marqués de Castell-dos-Rius, Grande de España y Virrey del Perú desde 1704 hasta 1710 (N. del T.)

a Guayaquil. Al rededor de las cuatro encontré nuestros barcos a cuatro leguas atrás de Puná; no hubieran faltado de acudir a la cita si el piloto que estaba a bordo de la *Duquesa* no se hubiera equivocado la noche última creyendo que estaban a la altura de esta plaza y no hubieran soltado el ancla más allá a pesar del viento favorable. El piloto de la otra barca, el mejor que teníamos, estaba con nosotros a bordo de la chalupa, pero le envié a la barca en la que hice castigar severamente con azotes a uno de nuestros hombres que se había emborrachado en Puná para intimidar a los otros y prevenir contra tales excesos. No tuve sino una media hora antes de que bajara la marea para embarcar al Capitán Dover y sus gentes sobre la gran chalupa y la pinaza a fin de remontar así el río a la cabeza de nuestros barcos. Se remó hasta media noche y cuando creímos que estaba alta la marea echamos el rezón a la vista de los diversos fuegos que nos parecían estar sobre Puná. Por otra parte el viento era tan fresco, la noche tan obscura, la mar tan corta, y tan corriente y nuestras chalupas estaban tan cargadas de gente, que más hubiera querido pasar una tempestad en plena mar que aquí; pero sostenidos con la esperanza de triunfar en tan bella empresa, no había ninguna fatiga capaz de desanimarnos. Al clarear el día vimos una barca en el río, arriba de nosotros, y en la creencia de que fuera de los enemigos, enviamos allí nuestra pinaza: yo estaba a bordo de la chalupa grande detrás de un banco de arena, evitando el cual era necesario pasar para entrar en el canal en que estaba la barca. Me encontré allí a las ocho hallando que era la nuestra que el buen piloto había llevado tan lejos durante la última marea. En cuanto a la de la *Duquesa* no sabíamos donde había quedado, pero a las diez nos encontramos con los capitanes Courtney y Dampier, quienes nos dijeron que habían hecho buena guardia y que nada habían visto en el río. Tuvimos la marea viva a medio día, quedándonos allí con nuestras chalupas bajo los mangles, durante todo el reflujo. Estábamos a la mitad del camino de Puná a Guayaquil, a donde no podríamos llegar antes de la noche, si no se encontrara hasta entonces una granja desde la cual se nos descubriera y se diera la alarma a la ciudad.

Día 22. Ayer hizo un calor muy ardiente y fuimos rudamente picados por los moscardones que había entre los

mangles en que estábamos. A las seis de la tarde la barca y las chalupas cargadas con los hombres avanzaron en el río y a media noche estuvieron a la vista de Guayaquil. Vimos entonces un gran fuego en lo alto de una montaña vecina y una cantidad de luces en la ciudad. Al cabo de una media hora estuvimos al alcance y prestos a desembarcar; pero apercibimos una infinidad de llamaradas que descendían de la colina y que se multiplicaban en la plaza. Preguntamos a nuestros pilotos indianos lo que significaba esto y si era la fiesta de algún santo; nos respondieron que no podía ser sino una alarma. La noche era muy obscura; nosotros derivábamos con el menor ruido posible, en marea alta, cuando oímos en la rivera a un español que decía en altas voces que Puná había sido tomada y que los enemigos avanzaban por el río; de donde concluimos que la ciudad estaba alarmada. En efecto, oímos casi inmediatamente el son confuso de sus campanas; en seguida una descarga de su mosquetería y dos cañonazos. Los capitanes Dover, Courtney y yo discutimos más de una hora para saber si era oportuno el desembarco, y cuando ví que no había manera de ponernos de acuerdo, me dirigí a los tenientes que estaban a bordo de las chalupas. Les manifesté que los enemigos acababan sin duda de recibir la alarma y que debíamos atacarlos en medio de su consternación; pero había muy pocos que quisieran abordar durante la noche. Pregunté después al capitán Dampier en qué forma procedían los bucaneros en casos parecidos y me respondió que nunca atacaban una plaza considerable cuando estaba en alarma. Como quiera que fuera, era ya muy tarde, es decir cerca de las dos de la mañana, para proceder al ataque de esta ciudad, además que el reflujo descendía con tanta violencia que la chalupa y la gabarra no pudieron nunca acercarse a tierra a fuerza de remos. Así yo fui de opinión de que nos alejáramos y nos juntáramos a nuestros barcos y hacer la bajada con la flota por la mañana. Además las chalupas habían derivado a favor del reflujo a una legua de la ciudad en donde nos quedamos hasta clarear el día. Vimos entonces a nuestra barca mandada por Mr. Glendall que el buen piloto indiano había conducido a una milla más arriba de nosotros y que la habíamos cruzado durante la noche. Hice bogar hacia este lado donde refrescamos a nuestras gentes lo mejor que nos fué posible. Encontramos que el agua era

dulce en este lugar y bebimos de ella aunque nos había parecido desagradable el día anterior. La barca estaba frente a frente de un bosque de árboles muy altos que avanzaban hasta la rivera: ordenamos a una fila de mosqueteros que estuviera siempre sobre las armas y que hiciera fuego si viera a alguien; que disparara de tiempo en tiempo un mosquetazo en el bosque a fin de prevenir las emboscadas. Cerca de las tres la gabarra y la chalupa grande se acercaron a las fragatas porque no habían podido navegar con nosotros hacia la barca y no lo podrían hasta que la marea fuera baja y viniera el reflujo. A las diez, la barca de la *Duquesa* apareció a nuestra vista: en seguida ordené que se levantaran anclas y que se atacara la plaza que estaba cerca de dos millas de nosotros; pero el capitán Dover se opuso a ello con el pretexto de que era necesario consultar con los otros oficiales y mantenerse en la chalupa atrás de la barca, a fin de que el resto de la compañía no comprendiera de lo que se trataba. Conferenciamos, pues, los dos, y el capitán Dover insistió sobre la dificultad que había de atacar a un enemigo prevenido desde hace algunos días, que era exponer nuestras vidas y las de nuestra gente sin objeto, o debilitarnos de tal manera que arriesgáramos perder el resto de nuestro viaje y no llegar al fin principal que nos habíamos propuesto a la partida de Inglaterra y del cual ya no nos acordábamos. Añadió que la ciudad parecía grande y en mejor estado de defenderse que nosotros de atacarla; que si los españoles no tenían aquí la reputación de ser buenos soldados, podían armar a los mulatos, como hacían en ocasiones parecidas, y que entonces la empresa sería muy peligrosa. Después de haber hecho algunas otras objeciones que no consignaré aquí, concluyó que lo mejor que podíamos hacer sería enviar un *trompeta* a los enemigos proponiéndoles la venta de las mercaderías que teníamos a bordo de nuestras presas, para convenir después de una entrevista en que se fijara el precio de todo pidiéndoles buenos rehenes para responder de la ejecución de los artículos en un espacio de tiempo limitado y prometiéndoles no desembarcar nuestra tripulación en caso de que quisieran tratar con nosotros amigablemente. Me opuse a esta opinión con todas mis fuerzas y sostuve que debíamos más bien desembarcar inmediatamente a fin de que el enemigo no ganara tiempo con nuestras demoras, y no transportara sus riquezas a otros

lugares y que no se pusiera en estado de hacernos frente. Sobre todo esto se recogieron votos y la mayoría estuvo por el desembarco. Se resolvió también que el Capitán Dover, que era uno de los propietarios de nuestros barcos, atacara la plaza como lo deseaba, y que si lo conseguía diera la consigna esta noche y que enseguida Mr. Courtney y yo comandáramos a turno. Pero esta resolución no fué ejecutada porque Mr. Dover quiso encargarme de todos los accidentes que podrían sobrevenir. Por sus insinuaciones, la indiferencia de algunos y la división que reinaba entre nosotros, ví que el éxito del ataque no podía ser sino muy dudoso; de manera que consentí en que se enviara a la ciudad, no un trompeta sino dos de nuestros prisioneros con los ofrecimientos del capitán Dover. Toda nuestra gente pareció satisfecha al verlos regresar después de una hora; así pues, pusimos en tierra al capitán del barco de la armada francesa y al teniente de Puná, con la amenaza de que si no regresaban en el tiempo fijado, desembarcaríamos inmediatamente. Sin embargo la otra barca subió más arriba y se puso al ancla frente a frente de la mitad de la ciudad. A medida que subíamos el río apercibimos que cuatro barcas desamarraban de la ciudad para alejarse; pero a la hora precisa, como no hubieran venido, enviamos nuestras chalupas bien armadas en su busca, las cuales no tardaron en encontrarlas y en traerlas. Por otra parte nuestros dos prisioneros regresaron en una chalupa con el Maestre de Campo español, quien nos manifestó que a su retorno a la ciudad, el Corregidor o Gobernador, acompañado de otro oficial vendría a tratar con nosotros. En efecto, apenas les habíamos puesto en tierra cuando el Corregidor vino a bordo con otro gentilhombre. El Capitán Dover y yo les recibimos en nuestra chalupa con un intérprete y le condujimos a una de las cuatro barcas que acabábamos de tomar.

Día 23. Ayer a la tarde tratamos con el Corregidor. Al mismo tiempo muchos de nuestros prisioneros nos dijeron que esperaban tener aquí el suficiente crédito para tratar con nosotros; de manera que esperábamos alcanzar a sacar más provecho con la venta de nuestras mercancías y de los negros que con el saqueo de la ciudad. De boca convínimos con el Corregidor acerca del precio de los efectos en grueso, a 140 piezas de a ocho el fardo, entre unos y otros, y habíamos también del precio de algunas otras cosas. Nos dejó

cerca de las cinco para volver a tierra y convenir con los demás habitantes en lo que con nosotros había concluido, bajo promesa de juntarse con nosotros a las ocho de la noche, a bordo de una de nuestras presas. Ordenamos a nuestro intérprete hacer encender candelas y disponer todo para arreglarlo de la mejor manera posible; pero como no viniera a la hora marcada, comenzamos a suponer que había engaño; de manera que nuestras chalupas retornaron arriba de la ciudad, para alarmarles de nuevo. Después de media noche nuestros centinelas descubrieron una chalupa que venía a bordo con un gentilhombre enviado de parte del Corregidor para presentarnos dos sacos de harina, dos corderos y dos chanchos recientemente matados, dos jarras de vino y dos de aguardiente; nos aseguró además que el Corregidor no hubiera faltado de concurrir a la hora fijada, si uno de los principales mercaderes de la ciudad no se hallara ausente; que con todo esto vendría a las siete de la mañana a bordo de uno de los barcos nuevos, el más próximo a la rivera, al que nos rogaba nos juntáramos, creyéndole un hombre honrado; pues que, a pesar de los refuerzos que había recibido y que recibía en todo momento, quería mantener la palabra que nos había dado en la esperanza también de que tampoco nosotros haríamos ningún acto de hostilidad fuera de la ciudad a donde las mujeres se habían retirado con los niños y en donde no había nada que pudiera estimular el pillaje. Los tres que mandábamos en jefe pedimos a ese señor presentar al Corregidor nuestros humildes servicios, agradecerle por su presente y decirle que estábamos fastidiados por no tener algo parecido que devolverle. Añadimos que, sorprendidos de que hubiera faltado a la cita, esperábamos a pesar de todo que sería un hombre de honor y que vendría a las siete de la mañana al lugar designado en la noche precedente; pero que si faltaba, quedaría anulado el tratado que habíamos comenzado a hacer. Impacientes quedamos hasta la hora fijada, cuando vimos arbolarse un pabellón de tregua sobre el barco nuevo y en la creencia de que el Corregidor hubiera llegado allá, enviamos nuestra pinaza armada con el intérprete, para decirle que si venía a bordo de alguna de nuestras presas, como habíamos convenido, podría volverse cuando quisiera. En seguida vino con otros tres habitantes, y nosotros ordenamos a dos barcas de nuestras fragatas ir por la rivera al mejor sitio de la ciudad para tenerse prestas al desembarco en caso

de que no nos pusiéramos de acuerdo con estos señores. Nuestras conferencias se limitaron en esta mañana a pedir 50.000 piezas de a ocho por el rescate de la ciudad, los dos barcos nuevos que estaban cerca de la rívera y seis barcas, entendido que nos comprarían los efectos y los negros que teníamos sobre nuestras dos presas y que nos darían rehenes suficientes para asegurar el pago dentro de nueve días. Estaban inclinados a aceptar este artículo si quisiéramos contentarnos con su simple palabra y dos rehenes; pero respecto de la suma que pedíamos, ellos no ofrecían nada que se le acercara, con el pretexto de que no estaban en nuestro poder y que tenían gente suficiente, armas y barcos para defenderse. Deducimos de allí que no buscaban sino entretenernos y ganar tiempo; de manera que les respondimos en pocas palabras: «Que podíamos tomar sus barcas en un minuto o echarlas a pique; que nos haríamos dueños de la ciudad cuando gustáramos; que nos era necesario el dinero o buenos rehenes, y que sin esto pondríamos fuego allí antes de la noche». A medio día el Corregidor convino con nosotros que compraría la carga de nuestras dos presas y que nos daría los rehenes por la suma de 40.000 piezas de a ocho en que fijamos el rescate de la ciudad, de los dos navíos y de las seis barcas; pero que no se firmaría este acuerdo hasta que los principales habitantes lo hubiesen confirmado, lo que prometía obtenerlo dentro de una hora.

Día 24. Ayer, poco después de medio día, el Maestre de Campo y los otros oficiales españoles enviaron una canoa al Corregidor para saber si había convenido en alguna cosa con nosotros y para advertirle al mismo tiempo que si no había manera de satisfacernos amigablemente, todo el mundo estaba sobre las armas y que no había necesidad sino de su presencia o de sus órdenes para atacarnos. Con esto, algunos de los nuestros que oyeron este mensaje quisieron retener al Corregidor con el pretexto de que nos podría hacer daño en tierra, que los enemigos nos insultarían y que había faltado a su palabra la noche precedente, por lo que también podíamos faltar a nuestra vez. Pero yo me opuse a esta resolución y después de algunos debates le enviamos en mi pinaza a la una o pasado el medio día. Por otra parte él nos dejó en rehenes a los tres señores que le habían acompañado, en la seguridad que estaba que los de la ciudad no dudarían en ratificar el tratado. Apenas había pasado la hora

prescrita cuando otro mensajero vino a decirnos que no se podrían levantar sino 50.000 piezas de a ocho, sin hablar de la compra de nuestros efectos, por lo que enviamos a nuestro intérprete, con uno de los prisioneros, para advertirles que si dentro de media hora no teníamos a bordo de nuestros barcos otros tres buenos rehenes, para responder por el pago de las 40.000 piezas de a ocho que había convenido, íbamos a bajar nuestro pabellón de tregua, desembarcar nuestra gente, poner fuego a sus barcos y a la ciudad, sin dar cuartel a nadie. Vimos en seguida que los españoles abandonaban sus barcos nuevos, de manera que nosotros tomamos posesión de ellos, nuestro mensajero regresó y en el espacio de una media hora tres hombres de la ciudad aparecieron en la rivera, frente a frente de nuestras barcas, con un pañuelo blanco en la mano, pidiéndonos les oyéramos: nos anunciaron entonces que habían resuelto darnos solamente 32.000 piezas de a ocho. Sobre esto nuestro intérprete tuvo el encargo de decirles que no se trataba de capitular y que no tenían sino que retirarse lo más pronto si no querían ser fusilados. Arbolamos en seguida el pabellón de combate; hice poner en la chalupa grande dos piezas de artillería montadas sobre cureñas, cada una de 600 libras de peso, para desembarcarlas a la vista del enemigo, y llenamos nuestras tres chalupas de hombres armados. Yo estaba sobre mi pinaza, el Capitán Courtney sobre la suya y el Capitán Dover en la chalupa grande, mientras los otros tres desembarcaban al rededor de 70 hombres. Llevamos la grande a tierra y Mr. Glendall, tercer teniente de mi nave, quedó sobre nuestra barca, con diez hombres para manejar el cañón contra la ciudad por sobre nuestras cabezas y favorecer nuestro desembarco. El enemigo apostó la caballería al cabo de la calle que estaba frente a frente de nuestra gente y de nuestras barcas, y su infantería a lo largo de las casas a medio tiro de mosquete de la rivera a la que abordamos, de suerte que parecía formidable en frente del pequeño número que debía atacarle. A pesar de todo esto, desembarcamos y cada uno de nosotros disparó con la rodilla en tierra apenas llegados a la orilla; volvimos a cargar en seguida y a medida que avanzábamos gritamos a nuestra barca que no disparara más el cañón de miedo de que nos hiriese. Continuamos cargando y disparando con una tan gran presteza que los enemigos después de haber hecho una sola descarga retrocedieron hasta sus cañones, en donde la caballería

se formó por segunda vez en batalla. Ganamos las primeras casas y cuando quisimos enfilar por una calle, vimos delante de una gran iglesia cuatro piezas de campaña asestadas contra nosotros; pero al acercarse nuestros hombres que disparaban constantemente, la caballería aljó otra vez el pie. Animado por este éxito feliz, exhorté a nuestras gentes que se hallaban más adelantadas a tomar el cañón, siguiéndoles yo mismo con 8 o 10 hombres más hasta ponernos a tiro de pistola. Entonces disparamos todos a la vez, los unos al cañonero y los otros a los que estaban en armas delante de la iglesia, que parecían ser en gran número. Apenas habíamos recargado nuestros fusiles cuando a la vista de los refuerzos que nos llegaron, el enemigo tomó la huida y nos abandonó los cañones, después de haberlos disparado con los más gruesos perdigones sin que, gracias a Dios, hubiera herido a ninguno. Entramos en seguida en la iglesia en donde hicimos diez o doce prisioneros. Yo me detuve con algunos otros hombres para asegurarnos de este puesto, mientras que los Capitanes Dover y Courtney, quienes también habían acudido, marcharon con el resto hasta el otro extremo de la ciudad. No hicimos más de media hora hasta tomar la artillería y la iglesia que está a más de ciento treinta pasos de la rivera. Por otra parte, yo había dejado al Capitán Dampier con 25 hombres cerca del cañón que no fué dirigido contra el enemigo, sino cuando salió de la ciudad. Aquellos de los nuestros que habían desembarcado los últimos, vinieron a juntárame en la iglesia y yo marché con ellos siguiendo las trazas de los Capitanes Dover y Courtney; pues a los primeros me fué imposible retenerles y hubo siete que corrieron por el valle y el bosque vecino en persecución de los españoles sin que les sucediera nada malo, porque se encontraron con gente poltrona. Pero chocado con su temeridad y su desobediencia les hice una viva reprensión y ellos me prometieron no volver a hacerlo. Como quiera que sea, todas nuestras gentes manifestaron mucha bravura en esta ocasión y fuera de la dificultad de mantener la disciplina durante el combate, todo lo demás resultó lo mejor posible. Nos juntamos en seguida con los Capitanes Dover y Courtney al extremo de la ciudad, en donde dejé al primero para hacer guardia en una iglesia que allí había. El último fué puesto en otra iglesia que estaba en mitad de la ciudad; yo retorné a la otra en que estaban los cañones y envié al Capitán Dam-

pie con su escuadra para reforzar a los dos. Dueños tranquilos de la plaza al ponerse el sol, apostamos nuestras guardias por todas partes, sin que el enemigo nos enfrentara, después de haber abandonado la iglesia grande. A la tarde me volví a bordo de nuestras barcas en donde no había establecido una buena guardia y puesto en seguridad a los españoles que había dejado con el Gorregidor: retorné después a mi puesto. El Capitán Dover puso fuego a las casas que estaban delante de la iglesia que él guardaba y que se quemaron toda la noche y la mañana siguiente. Había una colina cerca de su cuartel y una floresta espesa a medio tiro de mosquete, desde donde los enemigos dispararon casi toda la noche sobre él. Hubieran podido causarle embarazos y pérdidas si tuvieran más coraje, porque los nuestros estaban muy alejados los unos de los otros para poder sostenerle; pero tan luego como aparecían, una descarga de su mosquetería les ponía en fuga. Como quiera que sea, el Capitán Courtney se le juntó al amanecer del día siguiente, abandonando los dos este cuartel, que encontraron muy expuesto a los insultos del enemigo. Por lo demás, un indiano al que yo había hecho prisionero, me dijo que había mucho dinero sobre las balsas y en las casas que estaban en lo más alto a lo largo de la rivera. Al respecto, el Capitán Courtney y yo enviamos a 21 de nuestros hombres a bordo de su chalupa y bajo las órdenes de Mr. Connely, su nuevo teniente segundo. Yo hubiera querido que también fueran dos de nuestras pinazas; pero los otros se opusieron con el pretexto de que los enemigos nos podrían atacar a la mañana siguiente, y que tendríamos necesidad de estos hombres. Por otro lado, derribamos las puertas de otras dos iglesias, de los almacenes, de las bodegas, etc. a golpes de mazas y palancas. No había nadie en las casas y casi nada de gran valor. Sin embargo encontramos una cantidad de harina, guisantes, habas, jarras de vino y de aguardiente. Quisimos transportar todo esto a nuestros barcos; pero nuestra gente extenuada con el calor sofocante y el tiempo malsano que reinaba entonces, se cansó bien pronto de este penoso ejercicio. A pesar de todo esto, estaban dispuestos a levantar las lozas que cubrían el pavimento de las iglesias para remover las tumbas, con el pensamiento de que los españoles habían ocultado allí sus tesoros; pero yo no les quise permitir porque se había enterrado allí, hace poco tiempo, a gran número de personas muertas con

la peste que había asolado la ciudad. No encontramos al principio sino a dos hombres muertos y a uno ligeramente herido en la cabeza; pero supe en este mismo día que habían tenido quince muertos o heridos, entre los cuales estaba su principal artillero, nativo de Irlanda, que había permanecido algunos años con ellos y disparado la última pieza que se había dirigido contra nosotros. De nuestra parte no hubo sino dos hombres heridos; uno que era holandés llamado Yerrick Derrickson, de mi compañía, recibió un mosquetazo, entre la nuca y la espalda, sin que le creyera mortal; el otro que era portugués, llamado Juan Martín, fué herido mortalmente sobre la barca por un estallido de granada que reventó a la salida de un mortero de la *Coehorne*. Las informaciones de nuestros prisioneros sobre las fuerzas de los españoles son tan diferentes que no diré nada hasta que esté mejor instruido. La fatiga que tuve desde la partida de nuestros barcos, junto con el calor excesivo de la estación, me ha molestado mucho.

Día 25. Dejamos nuestro pabellón izado sobre la torre de la iglesia grande, en donde el Capitán Dover hizo guardia durante todo el día, mientras el Capitán Courtney y yo hicimos transportar a nuestras barcas todo lo que encontramos en la ciudad y que podía sernos útil. Ayer a la tarde enviamos al teniente de Puná, con otro prisionero, para hacer proposiciones sobre el rescate de la ciudad a los habitantes que estaban dispersos en el país, la mayor parte de los cuales se encontraba en los bosques a una legua de distancia, en donde no tenían buenos refugios a causa de la lluvia que caía. Grupos de su caballería se mostraban a toda hora y nos daban la alarma muchas veces al día. Como quiera que sea, nuestros dos prisioneros regresaron a la tarde con una respuesta ambigua, pidiendo que les fuera permitido retornar al día siguiente para negociar de nuevo e impedir el incendio de la ciudad. Nuestra chalupa que habíamos expedido desde hace 24 horas, regresó a las diez de la noche pasada, después de haber subido el río siete leguas más arriba. Dieciséis de los nuestros habían abordado en seis lugares diferentes, mientras que los otros cinco guardaban la chalupa con una culebrina rayada. Mr. Connely y tres de sus hombres se habían separado de su tropa y avanzado en el bosque para buscar allí botín, tardando más de tres horas en regresar, lo que no sucedió sino casualmente. No hubo en esta expedición



sino un solo herido que fué Guillermo Davis, de mi compañía, que recibió un mosquetazo sin importancia en la parte posterior del cuello; todos los demás salieron felizmente después de haber dado caza a 35 caballeros bien armados que venían en socorro de los de Guayaquil. Las casas a lo largo del río estaban llenas de mujeres; había sobre todo en cierto lugar más de una docena de jóvenes, bien vestidas y hermosas, de las cuales nuestra gente obtuvo una cantidad de pendientes y cadenas de oro, tratándolas, por otra parte, tan honradamente, que ellas se ofrecieron a prepararles comida y les dieron una barrica de buen vino. Ellas habían ocultado algunas de sus más gruesas cadenas bajo sus vestidos, al rededor de la cintura, de los brazos, de los muslos o de las piernas; pero las damas, que trenzan aquí sus cabellos con cintas de una manera muy hermosa, se visten de telas de seda tan delgadas y llevan lencería tan fina, que los nuestros se apercibieron muy pronto del tesoro que se hallaba oculto, de manera que ellos les rogaron, con aire modesto y civil, por medio de su intérprete, tuvieran a bien sacarlo afuera. Hago notar este rasgo de modestia tanto más voluntario, cuanto que es raro entre las gentes de mar y que Mr. Connely y Selkirk, que comandaban este destacamento, no son casados ni uno ni otro; así me lisonjeo de que el bello sexo les testimoniará su reconocimiento a nuestro retorno a la Gran Bretaña. Como quiera que sea, trajeron de su excursión, en pendientes de orejas, cadenas de oro y vajilla, por el valor, a lo que yo creo de más de 1.000 libras esterlinas, con un negro que les había ayudado a descubrir una parte de este tesoro; pero confesaron todos que habían perdido mucho por la falta de otra chalupa, pues que a medida que ellos pillaban en un lado del río, las canoas y las balsas pasaban cantidades de gente y de efectos al otro lado. Nos dijeron también que habían visto en diferentes partes más de trescientos hombres armados, a pie y a caballo, lo que nos hizo temer que los enemigos, con el pretexto de negociar para librar a la ciudad del incendio, no buscaran ganar tiempo hasta que estuviesen en estado de aplastarnos con el número. Por esta razón resolvimos juntarnos todos, tan pronto como se diera la alarma en cualquiera de nuestros cuarteles, lo que sucedía varias veces al día al divisar alguna partida grande, lo que nos molestaba mucho. Encontramos en una iglesia cinco jarras de pólvora, mecha, plomo y tres tambores, con una bue-

na cantidad de armas ordinarias, espadas y lanzas. Yo atrapé también el bastón de puño de oro del Gobernador y el de puño de plata de un capitán; pues que entre los españoles no son sino los oficiales principales los que pueden llevar bastón y solamente de capitán para arriba que pueden tenerlos con los puños de oro o plata; de manera que estos dos señores debieron huír con todo apresuramiento para haber abandonado así la marca de sus empleos y distinciones. Después de que el Capitán Dover hubo dejado ayer por la mañana su puesto, uno de nuestros hombres vino a decirme que los enemigos descendían de la colina para atacarnos. Apenas había hecho sonar la alarma y dejado alguna gente con la artillería, cuando me encontré con el resto; encontré al Capitán Courtney sobre el puente, a través del cual se retiraba con una parte de su gente, mientras que la otra permanecía en su cuartel bajo las órdenes de su principal Teniente. Me dijo que los enemigos estaban en gran número y bien armados al norte de la ciudad; le rogué que se nos juntara para ir al encuentro con 70 hombres que reuníamos entre los dos. A medida que nos acercábamos, ellos se alejaban de nosotros, pero disparándonos muchos tiros desde la espesa floresta en que se encontraban ocultos, sin que nos llegara ningún tiro, por un maravilloso efecto de la Providencia. Obligados a contestar los disparos al azar, el Capitán Courtney no quiso quedarse conmigo en este cuartel de la ciudad; de manera que después de haber visitado diversas casas y las dos iglesias que había por este lado, sin encontrar a nadie, volvimos sobre nuestros pasos y nos hicimos transportar a nuestras barcas que nos pareció era lo mejor.

Día 26. Nuestros prisioneros que regresaron ayer cerca de la tarde, nos ofrecieron 30.000 piezas de a ocho por el rescate de la ciudad, de sus navíos y de sus barcas, pagaderos en doce días. Pero convencidos de que no buscaban sino modos de ganar tiempo y recibir tropas de Lima, a donde sabemos que enviaron un expreso tan pronto como nosotros llegamos a este lugar, no íbamos a conceder el plazo aunque nos ofrecieran el doble. De este modo les envié esta mañana nuestra respuesta final, con la amenaza de que si no nos daban buenos rehenes para el pago de la expresada suma en el término de seis días, prenderíamos fuego a la ciudad a las tres de la tarde. Sin embargo acordamos una cesación de armas entre Guayaquil y Puná, en

donde nos dábamos cita para la venta de nuestras cargas. La noche anterior, un francés de mi compañía al que había enviado en busca del Capitán Courtney, para reforzar su cuartel con algunos otros y a quien había puesto de centinela, mató a Hugues Tidcomb, uno de sus hombres. Este fastidioso accidente provino de las órdenes rigurosas que había de disparar durante la noche sobre cualquiera que no respondiera y de que el uno y el otro ignoraban el santo y seña. Ayer por la tarde Mr. Gardner, uno de sus oficiales y nueve de sus soldados salieron de excursión al norte de la ciudad, encontrándose con una partida de españoles que salieron del bosque. Pero muy ardientes en la persecución, se vieron atacados por un gran número, de manera que uno de nuestros hombres tuvo un muslo atravesado por una bala y otro, ocupado en recargar su fusil, recibió un mosquetazo sobre el hierro de su hacha de armas, que le pendía del costado y que le sirvió de buena coraza, ya que no le quedó sino una contusión muy ligera. Con respecto al herido, hay que decir que llevaba una vida desarreglada y le gustaba tanto beber que se atrajo una fiebre que le puso en trance de muerte. Casi al mismo tiempo una de las pistolas que Mr. Stratton, primer Teniente del Capitán Courtney llevaba a la cintura, se disparó ella misma y le hirió en uno de los muslos en donde la bala se detuvo, pero sin que hubiera riesgo para la vida. Sin embargo, sin poder efectuar una pronta retirada, si a ello se hubiera visto obligado, su capitán le hizo conducir a la barca. Todos estos accidentes, junto con el refuerzo que los enemigos recibían de día en día y que les animaba a insultarnos, obligaron al mismo Capitán a venir a mi cuartel con su compañía. La noche anterior nos acostamos todos en la iglesia, después de haber puesto centinelas en su contorno, a tiro de mosquete uno de otro, que se llamaban cada cuarto de hora para cuidarse del sueño e impedir que los enemigos nos sorprendieran. Todos los nuestros tenían sus armas prestas a su lado y debían levantarse apenas sintieran la menor alarma. Habíamos embarcado muy pocas cosas durante estas 24 horas porque los enemigos, ocultos en el bosque, no cesaban de disparar sobre nosotros, y porque el calor era excesivo y llovía mucho, con lo que calles se ponían resbalosas y los caminos de aquí a la rivera muy malos. Sin embargo lle-

vamos una pequeña campana de iglesia que debía servir a bordo de mi fragata.

Día 27. Ayer a las dos o cerca de las dos retornaron nuestros prisioneros con dos hombres a caballo para decirnos que los enemigos aceptaban nuestros ofrecimientos y que si nosotros les suponíamos de mala fe, estos dos caballeros quedarían en rehenes con el teniente de Puná y el viejo gentilhombre que estaba a bordo de nuestras barcas. Satisfechos con esto hicimos regresar a los otros dos con nuestro mensajero quien debía informar acerca del acuerdo firmado; pero los enemigos nos expidieron inmediatamente un hombre para advertirnos que habíamos olvidado poner en él que la ciudad había sido tomada por asalto. Esta mañana le recibimos en buena y debida forma, escrito en español y nosotros les enviamos el nuestro en inglés que estaba concebido en estos términos:

«Por cuanto la ciudad de Guayaquil, perteneciente al Rey Felipe V de España, ha sido tomada por asalto por los Capitanes Tomás Dover, Woodes Rogers y Etienne Courtney, que comandan un cuerpo de tropas de Su Majestad la Reyna de la Gran Bretaña, los suscritos consentimos en servir de rehenes por dicha ciudad y a quedar en poder de los expresados capitanes hasta que la suma de 40.000 piezas de a ocho les sea pagada como rescate de la ciudad, de dos navíos nuevos y de seis barcas; esta suma les será entregada al cabo de seis días en Puná, con la condición de que no se hará ningún acto hostil durante este término, ni de una ni de otra parte, entre estas dos plazas; que los rehenes serán entonces soltados y todos los prisioneros puestos en libertad. De otra manera quedaremos entre sus manos hasta que sea pagada dicha suma en cualquier parte del mundo. En fe de lo cual firmamos este acuerdo, de grado, el 27 de abril V. S. o el 7 de mayo S. N. del año de N. S. de 1709».

A las once embarcamos a los dos rehenes con todo el botín que habíamos podido juntar y marchamos hacia nuestras barcas con banderas desplegadas, mientras los españoles retornaban a sus casas. Los que hacían la retaguardia conmigo encontraban en el camino pistolas, cuchillos y hachas de armas que nuestras gentes, muertas de fatiga y de cansancio, dejaban caer; de suerte que era más que oportuno abandonar este país. El trabajo más rudo que tuvimos fué

arrastrar los cañones al borde del mar, porque la tierra era tan floja que los que ayudaban a llevarlos se hundían hasta media pierna. Para facilitar su transporte hice construir una especie de gran mesa con cañas sobre las cuales sesenta hombres podían formarse a los cuatro lados sin tener una carga muy pesada sobre las espaldas. Por mucho que estas piezas de artillería no fuesen sino de balas de cuatro libras y que cada una con la mesa no pesara sino 1.503 libras, con lo que el trabajo no hubiera sido penoso en un clima frío, a pesar de esto, si nuestros prisioneros no nos hubieran ayudado, apenas hubiéramos tenido gente suficiente para llegar al fin. Juan Gabriel que era de mi compañía y holandes, no apareció durante nuestra marcha.

Día 28. Ayer a la tarde arreglamos todo sobre nuestras barcas lo mejor que nos fué posible, y distribuimos la gente a bordo de las presas, en las que habíamos embarcado la mayor parte de nuestro botín. Este pillaje consistía en doscientos treinta sacos de harina, arveja, arroz, en quince jarras de aceite y 160 de otros licores, en cordelería, utensilios de hierro, pequeños clavos, cuatro y media jarras de pólvora; un tonel de pez, ropa y otras telas, vajilla de plata, cadenas de oro, pendientes de oreja, etc. por valor a lo que yo puedo conjeturar, de 1.200 libras esterlinas, en ciento cincuenta fardos de mercaderías finas, en cuatro piezas de artillería y doscientos cincuenta mosquetes españoles o platinos de mosquetes, en algunos fardos de índigo, de cacao de Anotto, con un tonel de azúcar en pan. Dejamos en la ciudad una cantidad de otras mercaderías y de licores, de aparejos y de cacao. Había también diversos navíos en el astillero, además de dos barcos nuevos que no estaban todavía aparejados, de más de cuatrocientas toneladas cada uno y que costaban más de 80.000 escudos. Por todo esto se ve que los españoles fueron dejados baratamente, aunque el rescate que habíamos exigido nos hacía más cuenta que poner fuego a lo que nos era imposible llevar. Ayer cerca de las dos de la tarde, vino a bordo mi holandés abandonando la cantina en donde se había emborrachado. El propietario de la casa en donde había dormido tuvo la bondad de despertarlo dulcemente en presencia de algunos de sus vecinos, devolverle las armas que le habían quitado y hacerle partir con prontitud. Es el único de nuestros hombres que haya bebido con tal exceso durante nuestra estancia en

Guayaquil. Esta mañana a las ocho levamos anclas y nos pusimos a la vela con todas las barcas, con reserva de dos que debían esperar el dinero del rescate. Nos despedimos de los españoles con nuestra artillería, trompetas y tambores muy contentos con nuestra suerte; pero lo hubiéramos estado más de lograr sorprenderles. Por lo menos se me ha informado por todas partes que hubiéramos encontrado más de 200.000 piezas de a ocho en especies, en vajilla de oro y de plata, además de las joyas y cantidad de víveres; por mucho que esta ciudad desde hace cuarenta años no haya estado en tanta pobreza como hoy a causa de un incendio sobrevenido hace diez y ocho meses que destruyó más de la mitad de las casas que se han reedificado casi todas. He aquí la descripción de esta plaza en pocas palabras.

Descripción de Guayaquil

Esta ciudad es la capital de la provincia y puede tener una milla y media de largo. Hay los barrios viejo y nuevo separados por un puente de madera que tiene más de media milla de largo y por el cual no pueden pasar sino a pie. A los dos lados se ve una pequeña cantidad de casas puestas a alguna distancia las unas de las otras. Puede haber cuatrocientas o quinientas en toda la ciudad, además de cinco iglesias, y el número de habitantes subir a dos mil. Su principal iglesia es la de Santiago Apóstol en la que hay siete altares, con una hermosa plaza delante. Las otras son dedicadas a San Agustín, San Francisco, Santo Domingo y San Ignacio. La última pertenece a los jesuitas. Delante de la de Santo Domingo, que no está acabada de edificar, hay otra plaza, con una media luna sobre la cual había antes cañones en batería, que ya no existían cuando tomamos la ciudad. Tres de estas iglesias, de las cuales una está edificada en piedra, son muy altas y todas están adornadas con altares escultados, cuadros y otras curiosidades; hay un órgano en la de San Agustín; pero los sacerdotes habían transportado al bosque toda la vajilla de plata antes de que pudiéramos abordarla. La mayor parte de las casas de la ciudad son de ladrillo o de madera; las más insignificantes son hechas de caña, y hay algunas muy atendidas. Propia-

mente no se ve sino una calle que corre a lo largo del río hasta el puente y que se extiende desde aquí hasta el barrio viejo. El terreno es bajo y fangoso y hay tanto lodo en invierno que sin el puente sería casi imposible de ir de una casa a otra. La ciudad está gobernada por un Corregidor que nombra el Rey y que es el principal magistrado. El de entonces era un joven de más o menos 24 años, nativo de las Canarias y que se llamaba D. Jerónimo Boza. Esta plaza está bien situada para el comercio y para la construcción de navíos que se los trabaja bajo cubierta a fin de cubrir la carpintería contra los ardores del sol. Está a catorce leguas más arriba que Punta Arenas y a siete de Puná. El río que corre aquí es muy ancho, porque recibe muchos otros; sus bordes están guarnecidos de pueblos y de quintas, de mangles y de zarzaparrilla; su agua impregnada de esta droga es buena contra el mal venéreo, pero en el tiempo de las inundaciones es malsana, a causa de las raíces y de las plantas venenosas que llegan arrastradas desde lo alto de la montaña, si bien durante la baja marea es dulce casi hasta las cercanías de Puná. Se encuentra aquí gran cantidad de caballos, ganado mayor o menor, cabras, chanchos, gallinas y muchas especies de patos que no se ven en Europa. Un inglés que había vivido aquí algún tiempo y que vino a vernos nos contó diversas particularidades de este país. Nos dijo, entre otras cosas, que el mes de diciembre último habían hecho fiestas durante tres semanas seguidas por el nacimiento del Príncipe de Asturias; que habían reunido entonces, de todos los pueblos vecinos mil cien hombres de infantería y quinientos de caballería; que había muchos más sin armas; que habían matado una gran cantidad de toros en los corridas, del modo como se hace en España, y corrido sortijas; que estos eran sus principales ejercicios, y que se fabricaban a menudo navíos para uso del Rey. Nuestros rehenes nos informaron también que durante nuestra negociación con ellos, habían transportado fuera de la plaza ochenta mil piastras de plata del Rey, además de las joyas, vajilla y otras cosas de precio; pero que los negros de quienes se habían servido, en medio del tumulto y de la confusión, les habían robado mucho. En efecto, hubo muchos que cayeron en nuestras manos por la noche con lotes que querían salvar, mientras hacíamos la ronda. Es por esto que antes de nuestra marcha advertimos a los habitantes con

una señal para que retornaran a sus casas, a fin de prevenirles contra el pillaje de los esclavos.

Los españoles nos dijeron que en general el tráfico de los franceses en estos mares les causaba tanto perjuicio que sus ciudades marítimas se habían empobrecido, y que esta plaza era mucho más rica hace seis años de lo que es hoy día. Como quiera que sea, con mi pinaza que llevaba el doble de hombres que de ordinario, me separé de nuestras barcas, una milla más abajo de Guayaquil, resuelto a adelantarme para reunirme con nuestros navíos que estaban en Punta Arenas. El calor aumentaba a cada momento y vimos una gran cantidad de lagartos en el río.

Día 29. Ayer por la tarde llegué a Puná en donde se encontraban Mr. Duck y Hatlay a bordo del *Comienzo* con una barca vacía que la gabarra del *Duque* había tomado durante nuestra ausencia y de la cual los españoles habían huído a tierra después de haberla dejado al ancla a la altura de Punta Arenas. Nuestras gentes estaban cuidadosas de que tardáramos tanto en regresar, sin recibir ninguna noticia de nuestra parte. Comenzaba a faltarles agua y no daban más de un cuartillo por día a los prisioneros. Habían echado a pique la última presa pequeña que habíamos hecho al venir de Payta, porque no tenían gente suficiente para guardarla y temían que los prisioneros se sirvieran de ella para huir. Tuvieron mucho placer al vernos después de una ausencia de doce días en una expedición sujeta a tantos accidentes de los que tuvimos la felicidad de escapar. Los Capitanes Cook y Frye habían tenido buena parte de cuidados y fatigas durante este intervalo. Durante el día daban libertad a los prisioneros, si bien se mantenían sobre las armas y se reservaban la popa de las fragatas: por la noche les encerraban en el castillo de proa o entre los dos puentes; pero a bordo de la presa, en que había menos seguridad, les ponían grillos que les quitaban por la mañana. Cuidaban también que los prisioneros de los diferentes barcos no mantuviesen correspondencia entre ellos a fin de que no descubrieran su fuerza y la debilidad de los nuestros. Georges Booth, uno de los hombres de la *Duquesa* que salió con la garganta atravesada en el combate con el *Havre de Grace*, murió el 20 de este mes. Guillermo Essex, uno de nuestros contramaestres y uno de nuestros más valientes marineros, que había recibido una herida en el pecho en el mismo combate, murió el 24. De

esta manera nuestros dos navíos perdieron cuatro buenos hombres, en el número de los cuales estaba mi querido hermano. Mr. Jacques Sttatton, uno de los contramaestres de la *Duquesa*, que recibió en la misma ocasión un mosquetazo en el muslo, está fuera de peligro. Por lo demás, cuando en este país se recibe una herida, se está más sujeto a las fiebres y a otros accidentes fastidiosos que en Europa.

Día 30. Ayer cerca de las tres de la tarde descubrimos una vela que entraba en el Canal de Guayaquil. El Capitán Coor envió la chalupa del *Havre de Grace* en su persecución; pero mi pinaza que iba mejor a la vela, se puso en su seguimiento y la tomó antes de ponerse el sol. Era una barca de al rededor de 30 toneladas, venida de Sanía, que se llamaba *Francisco de Salma*, comandada por Giacomo de Brienas, con seis hombres a bordo. Estaba cargada de doscientos setenta sacos de harina, de arvejas o de garbanzos, de más o menos doscientos panes de azúcar, de muchos tarros de confites, de mermelada, de grageas y otras confituras, de una buena cantidad de granadas gruesas, manzanas y cebollas; de algunos quesos del país y de carne ahumada. Habían estado en el mar durante ocho días sin haber oído hablar de nosotros, pero nos confirmaron el rumor que corría respecto de una escuadra inglesa que debía venir a estos mares; nos dijeron que había dos grandes navíos franceses en Lima, uno en Pisco y algunos más en los puertos de Chile; que el comandante de Chenipe, que es el puerto de Sanía, había recibido órdenes positivas de Lima de mantenerse alerta y de poner centinelas en todas partes, lo mismo que se había prescrito al gobernador de Puná. Esta mañana a las siete, el *Comienzo* partió de este último puerto con algunas jarras de agua de la que teníamos mucha necesidad y vino a anclar cerca de nosotros.

Mr. Goodall me dijo que no había otras barcas que hubiesen ido a hacer aguada para los navíos y que no sabía cuál sería la causa para ello; que había una carta del Capitán Courtney para Mr. Cook, su segundo capitán; pero que no había para mí ni carta ni mensaje de su parte, como tampoco del Capitán Dover, que en fin, había oído sí, decir a alguno de ellos, que los navíos vendrían sin duda a Puná, que esta barca les encontraría en la mitad del camino y que esperaban mi llegada en todo momento. Esta noticia me sorprendió; pero yo creía que tenían alguna esperanza de vender

nuestra carga a los españoles de Guayaquil y que era por esto que deseaban mi vuelta. Hablé de ello con el Capitán Cook y con Mr. Frye y les leí la carta del Capitán Courtney en la que no se me daba una sola palabra de aviso. Como quiera que sea, yo envié al *Comienzo* con todo apresuramiento, llevando algunos negros y las mercaderías más molestosas, a fin de que se les acomodara y que estuviesen antes que yo en Puná. Por otra parte, resuelto a hacer todas las diligencias posibles, desamarré el *Havre de Grace* para servirme de él con la marea y vender su carga o al menos una buena parte, en tanto nuestras naves hicieran aguada. Durante estas diligencias, la otra barca que les traía agua, llegó, sin que trajera ninguna noticia para mí sobre la llegada de los otros o el envío de gente para disponer lo que era necesario para hacernos a la mar.

Diario de lo que pasó durante el mes de mayo. De la ruta que es necesario tomar para subir el río de Guayaquil. Los armadores reciben una parte del rescate de esta plaza. Temen ser atacados por naves españolas. Descripción de la provincia de Guayaquil, de su comercio y de su gobierno. Las islas Galápagos. Enfermedad que se propaga en la tripulación

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

1º. de mayo. Ayer a la tarde hice vela a bordo del *Havre de Grace* con Mr. Morel que me servía de piloto; pero había tan poco viento que las olas no me condujeron más de un tercio del camino que había entre nosotros y Puná. Por otra parte tenía falta de gente, porque me vi obligado a dejar mi pinaza con todo su equipaje, por seguridad de mi fragata. Levamos nuevamente el ancla con las olas de la mañana y encontramos la barca de la *Duquesa* que descendía el río, sin tener ninguna noticia que darme de parte de nuestros dos capitanes que estaban en Puná, de donde tuve el placer de inferir que me esperaban para la venta de nuestras mercaderías, porque de otra manera hubiera venido uno u otro y habrían enviado todas las barcas con excepción de la que se destinaba a llevar la plata del rescate. De cualquier manera la marea nos arrastró hasta la isla. Hay allí un banco de arena, en mitad del camino, o un poco más arriba, de aquí a Puná, hacia la mitad del canal, y es difícil evitarlo a menos de que haya un

pequeño viento a favor del cual se pueda mantener en el canal más próximo al continente, a estribor cuando se sube el río. Por otra parte de uno y otro lado del banco, a estribor y a bajo fondo hay profundidades que van por grados, desde cuatro hasta siete brazas de agua. La costa más sana corre al noreste subiendo el canal, hasta que se esté a dos leguas más arriba de Punta Arenas. Cuando se está frente a frente de la colina de creta blanca, o un poco más arriba, cerca de la Punta, o en la extremidad más elevada de Puná, que es fácil de conocer, porque todo el resto de la isla está a nivel del mar y no se ven más que árboles que van hasta el río, es necesario echar el ancla delante de las casas que aparecen claramente. Debe mantenerse lo más cerca que se pueda de la costa a estribor, el único canal bueno que hay para los navíos. A ocho leguas de Punta Arenas está el pueblo de Puná que queda a la extremidad del mismo nombre.

Día 2. Esta mañana a las diez nos pusimos al ancla delante de Puná en donde encontré cuatro barcas que venían de Guayaquil. Los Capitanes Dover y Courtney subieron a bordo de mi navío y me dijeron, contra todo lo que yo esperaba, que no habían tenido la menor noticia de los españoles desde que les habíamos dejado. Como era el último día fijado para el pago del rescate, vimos llegar una de sus chalupas que nos trajo un poco más de 22.000 piezas de a ocho. Después de haberlas recibido les despedimos con la amenaza de que si no enviaban lo más pronto el resto de la suma acordada, partiríamos al día siguiente llevándonos los rehenes que guardábamos.

Día 3. Ayer, después del medio día, el Capitán Courtney se encargó del *Havre de Grace*, y yo le prometí seguirle esta mañana en dirección a Punta Arenas después de que hubiera embarcado los siete bueyes vivos, algunos chanchos, ovejas, gallinas, una buena cantidad de plátanos y al rededor de ochenta jarras y algunas barricas de agua, 24 fardos de cacao, dos velas y 4 grandes pedreros de bronce. Hacia la media noche nuestras dos barcas partieron con el marqués y esta mañana a las nueve tenía ya a bordo todo lo que me era necesario. Dejamos en tierra al teniente de Puná, por quien teníamos algunas consideraciones y le dimos cuatro viejos negros enfermos con un fardo de mercaderías dañadas, para compensarle de lo que él había perdido. Dejamos en libertad también y amistosamente a muchos de los

que habíamos hecho prisioneros en el mar, entre los cuales estaba un fraile viejo a quien tuve siempre a mí mesa y que parecía estar muy impresionado por mis atenciones.

A una legua, más o menos, de Puná, vi al *Havre de Grace* que estaba al ancla, cerca de un banco de arena. Los Capitanes Dover, Courtney y Dampier que se hallaban a su bordo, vinieron a verme en la pinaza de la *Duquesa* rogándome quisiera volver y cambiar de embarcación con ellos, a quienes dí las manos.

Día 4. A las dos de la tarde llegué al *Havre de Grace* y tuve la fortuna de sacarle del peligro en que estaba, aunque fuera necesario regresar inmediatamente al ancla, por el aviso de Mr. Morel y del piloto indiano. Nos pusimos en seguida a la vela, pero había poco viento, tanto que nos fué imposible aprovechar de la mitad de la marea; dimos en los bajos fondos y obligados a echar de nuevo el ancla nos fué necesario pasar allí el resto de estas veinticuatro horas.

Día 5. Esta mañana, un poco después de nacido el sol, volví a bordo de la fragata *El Duque*, sin resistir ya más a la fatiga. El Capitán Courtney vino a verme inmediatamente y resolvimos echar a la mar la madera de carpintería y la gran chalupa que estaban entre los puentes del galeón, para poner allí la harina y otros efectos de Guayaquil que todavía estaban en las barcas. Dimos a algunos de nuestros prisioneros la que llevaba el nombre de *Francisco Lasalma* para que se retiraran a la ciudad y nosotros hicimos tanta agua como nos fué posible. Habíamos agotado una gran cantidad a la mitad del camino sobre Puná en dirección a Guayaquil, y aunque no fuera muy buena, no tuvimos tiempo de tomar la mitad de la que nos quedaba.

Día 6. Nuestros rehenes están muy inquietos con el temor de que su rescate no llegara oportunamente y ellos quisieran mejor morir, según dicen, que hacerse transportar a la Gran Bretaña. Ayer a las siete todo estaba a bordo de nuestros barcos, pero estábamos tan fatigados que hubiéramos querido pasar la noche al ancla. Sin embargo el Capitán Courtney se hizo a la vela a media noche con la fragata; el Capitán Dover y mi piloto Dampier les siguieron a bordo del *Havre de Grace*. Mr. Connely que había ido a hacer agua con la barca, no regresó sino esta mañana en que vimos a estos dos barcos al ancla; la calma les había sorprendido y no estaban a más de dos leguas de nosotros. A las diez

nos dimos a la vela en alta marea, pero me costó la pérdida de mi calabrote y de mi ancla de amarre, a causa del fondo de roca del sitio en que me encontraba.

Tuve que manifestar a los otros capitanes que no había que temer nada de parte de los enemigos y que creía que era imposible que los franceses y los españoles tuviesen tiempo de venir de Lima para atacarnos; pero no hubo medio de convencerles.

Día 7. Ayer a las cuatro de la tarde dimos fondo a trece brazas de agua, a más o menos cuatro leguas bajo de Punta Arenas. Esta mañana a las dos hicimos ruta favorecidos por una pequeña brisa: a poco rato Mr. Morel que había ido con nosotros de Puná a Guayaquil y un español de la ciudad, pariente de alguno de nuestros prisioneros, nos trajeron al rededor de 3.500 piezas de a ocho, en vajilla de plata. Habían venido en una chalupa hasta Punta Arenas, de donde nos siguieron en una de las cuatro barcas que habíamos dejado allí, para recibir el resto de la suma que se nos debía.

Día 8. Ayer a la tarde dejamos en libertad a la mayor parte de nuestros prisioneros, con excepción de nuestros tres rehenes, de los dos señores Morel, de un holandesito, de un gentilhombre de Panamá, de nuestros pilotos indianos, que yo tomé a bordo para indicar a los de Guayaquil que regresaríamos, y de otros dos que quisieron quedarse con nosotros. El español de Guayaquil nos compró el *Comienzo* por el cual recibimos una cadena de oro y algunos efectos que tenía. Dimos tres mujeres negras al Capitán del *Havre de Grace*, una a Mr. Morel y otra a Mr. Ignacio, y dejamos a todos una buena parte de su ropa. Nos dijeron que Don Pedro Cienfuegos, uno de nuestros prisioneros, que habíamos desembarcado en Puná, tenía mucho crédito en Guayaquil; que antes de su partida de esta plaza había amasado una gran suma de dinero para comprar nuestras mercaderías; que esperaban que viniera antes de doce horas, y que había muchos otros que vendrían para negociar con nosotros; pero la mayor parte de nuestros oficiales, resueltos a pasar a las islas Galápagos, no quisieron dejarse convencer por estos discursos. Como quiera que sea, no juzgamos prudente advertirles del lugar al que nos retirábamos, por mucho que nos pedían con el pretexto del tráfico, de miedo de que nos descubrieran a los barcos de guerra enemigos.

Ayer a las ocho de la noche fondeamos a dieciseis brazas de agua, a cinco leguas de la isla de Santa Clara, que teníamos al noreste, y a las seis tuvimos a la isla al norte, un cuarto al noreste, a cuatro leguas de distancia.

Descripción de la Provincia de Guayaquil

En ciudad de Guayaquil, capital de la provincia del mismo nombre en el Perú, estaba gobernada por un Presidente y cinco o seis Oidores o Auditores, que hacen una Audiencia Real o una corte soberana de justicia, que no depende sino del Virrey en los asuntos militares. Cada provincia tiene el mismo gobierno.

Estos empleos se dan, o más bien dicho, se venden en España, y quienes los adquieren gozan de ellos durante su vida, a menos de que se porten mal. En este último caso, o en el de fallecimiento, el Virrey pone a otro en su lugar, hasta que venga el proveimiento de Madrid o que se obtenga la confirmación para el escogido por el Virrey, lo que constituye una buena parte de las entradas secretas. Poco falta para que la magnificencia de la corte de Lima no sea superior a la del Rey de España en Madrid. Aunque no deba gozar de esta suprema dignidad sino durante cinco años, por lo regular la posee más tiempo. El último la había tenido durante catorce años seguidos, porque los que venían a relevarle morían en el camino. De este modo acumuló tanta riqueza que parece increíble y que no osaría publicarla si diversas personas dignas de fe no me lo hubiesen dicho. Sin hablar de las sumas inmensas que había empleado durante su vida en obras de caridad o en hacer edificar iglesias, claustros y monasterios, dejó más de ocho millones de piezas de a ocho a la viuda y a los hijos, cuyo primogénito el señor conde de la Montclo, tuvo la mejor parte. (1)

Hace algún tiempo que ningún Virrey había tenido tanta reputación ni una estima tan general como éste, muerto

(1) Se refiere indudablemente al hijo primogénito de Don Melchor Portocarrero Laso de la Vega, Conde de la Monclova, Virrey del Perú por 16 años, 1 mes y 7 días. (N. del T.)

hace cuatro años. Su hijo primogénito espera obtener el Virreynato de México o el del Perú, en la suposición de que el Gobierno continúe en España en el mismo pie en que se encuentra hoy día; pero todos los ingleses deben desear con ardor que el Rey Carlos III recobre bien pronto esta monarquía y que tenga el cuidado de enviar al Perú un Virrey que sea más favorable a nuestro comercio, que aquel que ha puesto allí Felipe. Por lo menos los españoles se quejan de que les extorsiona y les oprime, mientras autoriza los avances de los franceses a quienes protege.

El último Corregidor que murió en Guayaquil, había reunido 300.000 piezas de a ocho, por mucho que no haya estado en el cargo sino durante cinco años y que gozara de una renta de dos mil piezas de a ocho por año; pero todos los Corregidores ganan sumas inmensas por las capturas y el comercio secreto que hacen.

Todo negocio entre México y el Perú está prohibido bajo grandes penas, sobre todo el transporte de plata viva de aquí a México, porque llega allá una cantidad de la vieja España que se obliga a comprar a los afinadores a un precio más alto. No faltan navíos para traficar a lo largo de las costas; pero todos los artículos y mercaderías que se pueden adquirir con oro o plata, no circulan en estos vastos países sino por medio de la flota y de los galeones que vienen de España. A pesar del rigor que los Virreyes y Corregidores ejercen contra aquellos que ejercitan el contrabando, no faltan particulares que se aventuran en ello; pero no hay misericordia para aquel que se descubre; se le incautan todos los efectos en nombre del Rey, que es el que tiene menos parte o acaso ninguna; los señores oficiales se reparten el botín entre ellos y el pobre delincuente es desterrado o confinado en una prisión por el resto de sus días.

Las mercaderías de Inglaterra y de Holanda están aquí prohibidas, con excepción de las que llegan en los galeones; de manera que los particulares que la compran en los mares del norte, clandestinamente, la deben vender del mismo modo en el Perú. Por otra parte si los comerciantes que la venden al por mayor, no tienen buenos certificados de la Casa de Contratación de Sevilla para probar que han sido embarcados en la flota o los galeones, en caso que llegen a ser tomadas, no deben ser reclamadas, de miedo de que no les suceda algo peor, a menos que no tengan mucho crédito

con el Virrey, quien las hace pagar bien caro. En una palabra, hay aquí muy pocas ventajas para el negociante que no se entienda con los principales oficiales. Y aun cuando los Virreyes sean de una severidad inaudita con respecto a los demás, ellos mismos emplean a los Corregidores para negociar en nombre de terceros, lo que no puede ejecutarse sin que llegue a conocimiento del público. Todo el mundo sabe que hay siempre barcos que van y vienen por su cuenta entre México y el Perú, que frecuentan playas poco conocidas y que hacen el transporte de plata viva y de toda especie de mercadería de contrabando. De esta manera, jueces en su propia causa, hacen lo que prohíben a los otros bajo penas muy rigurosas, y ganan sumas inmensas y para tapar la boca de quienes pudieran quejarse e informar contra ellos en España, corrompen a los ministros con grandes presentes.

No detallaré el número infinito de otros medios injustos que tienen para hacer fortuna; pero no creo que haya ningún país en el mundo tan rico, ni ningún pueblo tan cruelmente oprimido como éste. Los mismos españoles dicen que un Virrey después de haber empleado todo lo que tenía en España para adquirir esa dignidad, quedándose así más pobre que Job, vino a este país como un león hambriento que devora todo lo que encuentra, y que los oficiales establecidos en las provincias, en donde hay diez veces más del número necesario, le sirven de chacales para lanzar la víctima y repartirse con él.

Se puede añadir a este daño el peso insoportable de eclesiásticos, abandonados al lujo, a la molición y a la superstición, más que en ningún otro país de Europa: de manera que si hubiera aquí un pueblo industrioso, gobernado con buenas leyes, sería de temer que el oro y la plata viniesen a ser tan comunes, que pronto se vieran obligados a recurrir a algún otro medio para satisfacer la avaricia y la intemperancia de los hombres.

El río de Guayaquil, dos leguas más arriba de Puná hasta Punta Arenas, es tan ancho que se ve con dificultad la tierra de una orilla a otra; el terreno es bajo y cubierto de manglares; la corriente sube más de tres brazas, y hay alta marea en Puná cuando la luna se encuentra en el Este y en el Oeste, según pude conjeturar. Por otra parte el flujo es aquí más rápido que en el Támesis y creo que el

reflujo no es menos fuerte que en Bristol y que el agua es aquí también cenagosa. Daré una descripción del canal, sacada de una carta española, porque no tuve el tiempo de examinarlo yo mismo ni de sondearlo en todas partes. Hay necesidad de un buen piloto para conducir un barco hasta la ciudad. Este río es navegable catorce leguas más allá, aunque la corriente no suba más de veinte leguas más arriba, las canoas y las balsas pueden ir todavía más. Esta provincia es tan fértil en maderas de carpintería, que no hay en todo el país otro lugar en que se construyan y reparen tantos barcos; se ve siempre seis o siete a la vez en los astilleros de Guayaquil. Se recoge una tan gran cantidad de cacao que se provee del artículo a casi todas las plazas del mar del Sur, transportándose todos los años más de 30.000 fardos y algunas veces el doble, cada uno de los cuales pesa 81 libras y cuesta de ordinario un medio real la libra, y ha venido a ser tan barato hoy día que no vale sino dos piastras y media el fardo. Se trafica a lo largo de las costas con la sal y el pescado salado que se saca de la punta de Santa Elena, la mayor parte del cual se vende en Quito y otras plazas alejadas del país. Se embarca una cantidad de madera de carpintería para Trujillo, Chancay, Lima y otros puertos de mar, donde es rara: se transporta también de esta provincia arroz, algodón y buey ahumado. No hay minas de oro ni de plata, pero hay toda clase de ganado mayor que es muy barato en la isla de Puná, en donde tomamos todo lo que hubo manera de embarcar sin mucho embarazo. No crece aquí otro trigo que el maíz; de manera que toda la harina que usan viene de Trujillo, Cheripe y otros puertos sobre el viento que sopla siempre del sur. Diversas telas de lana, paños y bayetas les viene de Quito en donde se las trabaja. Reciben vino, aguardiente, aceite de olivos, azúcar y otras mercaderías de Pisco, Nasca y otras plazas que están sobre el viento. La mercadería de Europa es enviada desde Panamá a donde llega por tierra desde Portobelo que la recibe del Mar del Norte. De este modo la ciudad de Guayaquil es una de las mayores plazas de tráfico en estas regiones, pues que llega y parte todos los años una cuarentena de barcos, sin hablar de los que negocian a lo largo de las costas. Además hay todos los días un mercado público que se expone delante de la ciudad so-

bre chalupas y balsas en el cual se encuentra en abundancia todo lo que necesita el país.

Por lo que respecta al gobierno civil y militar, el Corregidor es el jefe: su teniente, que los españoles llaman «Teniente General», viene en seguida, y todos los otros oficiales principales residen en Guayaquil o en su vecindario. Cuando hay un asunto civil o criminal se reúne el Concejo que está compuesto del Corregidor, del Teniente General, de dos alcaldes o jueces, ordinariamente entendidos en derecho, del alguacil mayor y de ocho regidores. Estos tienen el puesto de oficiales superiores, en caso de ausencia o muerte hasta que el Virrey disponga de otra manera; ellos dan su voto en todos los asuntos públicos y son los jueces de todos los procesos. Hay dos Procuradores a quienes se les llama clérigos de la corte y cuatro alguaciles o sargentos. La parte que se cree lesionada puede apelar de la sentencia a la Corte Suprema de Lima. No faltan abogados para dirigir y sostener la demanda, y es así como prosperan a pesar de que su número no es inferior al de los eclesiásticos: además de los sueldos anuales que reciben del Rey, obtienen grandes derechos de los litigantes, y hay algunos sin escrúpulo que cobran a las dos partes.

La Inquisición es aquí más cruel que en España; el tribunal principal se encuentra en Lima, del cual dependen los cuatro oficiales que residen en Guayaquil, además de los 24 eclesiásticos de la ciudad que sirven para informar contra todas las personas suspectas de mantener opiniones contrarias a la iglesia romana y a quienes se les persigue con una violencia inaudita, sin tener ninguna consideración en la menor formalidad. Los sospechosos son enviados a Lima en donde no hay sino el dinero que puede garantizarles contra la muerte, por poco que se encuentre que sean culpables.

La milicia está mandada por D. Jerónimo de Boza y Solís, General y Corregidor, por D. Cristóbal Ramadeo de Areano, Maestre de Campo, por D. Francisco Gantes, Sargento Mayor, y por D. Antonio Calabria, Comisario de la Caballería. Hay cinco capitanes de infantería y uno de caballería. Según el cálculo más exacto que se me ha dado acerca de las fuerzas, se podrían juntar en pocos días 900 hombres armados a pie o a caballo, que residen en las ciudades y pueblos de los alrededores. Cuando desembarcamos nosotros, había ya 500 hombres a los cuales se juntaron

otros para formar un miserable campo a una legua de nosotros; lo que no impidió que nosotros permaneciéramos en la ciudad con 160 de nuestros hombres hasta llegar al convenio del rescate. Por otra parte, un inglés que ha permanecido aquí dos años y que se nos reunió después del combate, nos dice que los españoles pueden armar a mucha más gente, y que hace pocos meses han pasado revista a más de 1.100 de caballería e infantería.

Los otros pueblos de la provincia están gobernados por el Teniente del Corregidor de Guayaquil; más de la mitad de estos pueblos está en la rivera del mismo río o de sus afluentes; de suerte que sus habitantes pueden concurrir a esta capital en dos mareas, por mucho que se encuentren a algunas leguas de distancia, como se puede ver por la lista siguiente:

		Distancia de Guayaquil	
YAGUACHI, plaza gobernada por un Teniente		7	leguas
BABA	} gobernados por el mismo Teniente, en los cuales hay 6 cañones de bronce de 16 libras, de bala.....	10	»
PIMOCHA		14	»
ÁREA HISTÓRICA		9	»
PUNADEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL.....	14	»
NARANJAL	} Gobernados por el mismo Teniente	14	»
MACHALA		14	»
DAULE, gobernado por un Teniente.....		7	»
PUNTA DE SANTA ELENA	} Gobernados por el mismo Teniente	30	»
COLONCHE		20	»
CHONGÓN		7	»
CHANDUY		10	»
SHEHA	} gobernados por el mismo Te- niente antes capital de la provincia...	21	»
BABAHOYO		16	»
CHILINTOMO		14	»
PORTO VACO		34	»
CHARAPOTO	} gobernados por el mismo Teniente	36	»
PICO AZA		25	»
MANTA		40	»
JAPIJAPA		40	»

Los españoles suponen que hay por lo menos diez mil habitantes en esta provincia y yo no dudo que hay algo más. Como quiera que sea se distinguen como divididos en once clases o suertes, que detallaré aquí para satisfacción de aquellos que no han viajado por este país.

I. La primera es la de los españoles que pretenden no haberse mezclado con ninguno de otra nación, y que por lo mismo son más respetados.

II. La segunda es la de los mestizos, cuyos padres son españoles e indianas sus madres.

III. La tercera es la de los mestizos finos.

IV. La cuarta es la de los tercerones indios.

V. La quinta es la de los cuarterones indios.

VI. La sexta es la de los mulatos, que provienen de un padre español o europeo y de una madre negra.

VII. La séptima es la de los tercerones negros, que han hecho una tercera mezcla con españoles, y aunque se trate de mulatos, son tan blancos como ellos. Pero no pueden librarse de este nombre de infamia a menos que no tengan el secreto de ocultar su origen y que no se transporten a un lugar en que no sean conocidos, lo que les es tanto más fácil cuanto que los sacerdotes están encantados con aumentar así el número de los buenos católicos españoles.

VIII. La octava es la de los cuarterones negros, que forman una nueva mezcla con los españoles y a quienes no se les mira sino como a mulatos.

IX. La novena es la de los indios o naturales del país, que son de un color moreno y oliváceo y a quienes se menosprecia más que a cualquiera de las clases salidas de la raza española aún cuando sean tenidos como siervos o esclavos, fuera del estado de matrimonio.

X. La décima es la de los negros.

XI. La undécima es la de los zambos que viene de todas las mezclas que hay entre indios y negros y que no se diferencian a primera vista de los salidos de la mezcla con españoles.

No se cuenta ordinariamente sino estas once clases de habitantes, aun cuando haya algunas más que no se pueden distinguir con exactitud; pero hay una tan gran complicación con estas mezclas, que es imposible distinguirlas bien. Los españoles están en menor número y si no hubiera todas estas razas diferentes, que los sacerdotes tienen buen cuidado de mantener unidas, sería fácil a los indios libertarse. Ni unos ni otros gozan de una salud muy vigorosa. El mal venéreo es tan común aquí que la mayor parte de los españoles están infectados, y no tenían ningún escrúpulo de decirlo en público a nuestros cirujanos, para obtener algún remedio, aun cuando no hacen mucho caso porque el calor del clima facilita la curación. Todos aquellos con quienes pude hablar me confesaron que no hay aquí ni la décima parte de gente que sería necesaria para poblar un país tan vasto y que la mitad de los indios de tierra adentro, no son civilizados. Sostenían al mismo tiempo que el rey de España tiene más súbditos de colores diferentes en las Indias Occidentales que en todos los otros países que están bajo su dominio en Europa. Esto es tan cierto que se podrían encontrar aquí tintes de más colores que los que un mercader de tejidos pudiera encontrar para las diversas telas de lana.

Por lo demás, lo que los bucaneros o más bien dicho los piratas franceses han publicado de Guayaquil, está tan alejado de la verdad, que habría gran trabajo en reconocer esta ciudad por lo que ellos dicen, si no hubieran dejado las crueles marcas de su paso. Hace más o menos 22 años que ellos se hicieron dueños de la ciudad, después de haber perdido mucha gente; y en el espacio de un mes que quedaron aquí y en Puná, cometieron toda clase de excesos y latrocinios. Como quiera que sea, para decir algo acerca de las estaciones del año, debo consignar que se las distingue aquí mal a propósito del invierno y del estío: el invierno que dura desde el mes de diciembre hasta el fin de mayo, es lluvioso y malsano, y sin embargo hace un calor sofocante; mientras los otros seis meses hace un tiempo bueno, sereno y el calor no es tan vivo.

Aquí se coge la mayor parte del cacao entre los meses de junio y agosto. Para los otros frutos de estos climas, hay la costumbre de recogerlos a lo largo del año. Vuelvo a mi diario y a nuestro viaje a las islas Galápagos.

Continuación de lo que pasó durante el mes de mayo

Día 11. Un viento fresco del sud-sudoeste. Después de estas 24 horas más de una veintena de mi gente y cerca de cincuenta de la *Duquesa* se han encontrado atacadas de una fiebre maligna. Hay la probabilidad de que la hayan contraído en Guayaquil en donde este mal contagioso había reinado largo tiempo, cuatro o cinco semanas antes de que nosotros llegáramos allá, y donde se enterraba de diez a doce personas todos los días. Se nos aseguró que después de haber llenado el recinto de todas las iglesias se habían visto obligados a hacer una fosa profunda cerca de la iglesia grande, en donde había tenido yo mi cuerpo de guardia, y que allí se había arrojado gran número de cadáveres medio descompuestos, y que muchos habitantes habían abandonado la ciudad. No hay duda que las exhalaciones pútridas que salían de todos estos lugares hubieran sido la causa para la infección. Como quiera que sea, el Capitán Courtney cayó enfermo y el Capitán Dover se trasladó a bordo de la *Duquesa* para tomar su puesto.

Día 14. Vimos en este día una cantidad de albatros que perseguían al pescado volador, y hubo uno tan grande que saltó a una de nuestras chalupas. Al presente tengo en mi barco al rededor de cincuenta enfermos y la *Duquesa* tiene más de setenta; pero espero que el aire fresco del mar les restablecerá.

Día 15. Mr. Samuel Hopkins, ayudante y pariente de Mr. Dover, nuestro capellán, murió ayer a las seis de la tarde; había leído las oraciones de la liturgia una vez por día desde que pasamos la línea en el Mar del Norte. Era un hombre muy honrado y de buen natural y a quien todo el equipaje amaba mucho.

Día 17. Descubrimos esta mañana tierra al sur sur-sudoeste, a cerca de diez leguas más o menos de distancia. Reviramos de bordo y corrimos al Este un cuarto al sud-este, el viento al sur, un cuarto al sud-este, para llegar a la isla. Nuestra gente continuaba muy mal; tengo en cama cerca de 60 y la *Duquesa* tiene más de 80. Hicimos una buena observación, latitud 000.37 Ll. S.

Día 18. Ayer a las seis de la tarde teníamos la extremidad de la isla al sur un cuarto al sud-este, a cinco leguas más o menos de distancia. Eduardo Dovne murió a media

noche. Esta mañana al despuntar el día, después de haber pasado la isla que vimos ayer, hemos visto otras dos, más grandes, que parecían juntas, a cuatro leguas de nosotros. Envié mi chalupa para buscar agua y convine una cita con la *Duquesa* en caso de separación. La *Duquesa* tomó ruta hacia otra isla que veíamos sobre el viento y todas nuestras presas tuvieron orden de tenerse a la vela, cerca de una gran roca que no estaba lejos de nosotros.

Día 19. Ayer al medio día regresó mi chalupa sin haber podido encontrar agua. La barca en que estaba Mr. Hatley y el *Havre de Grace*, lejos de esperarnos a la altura, como habíamos convenido, siguieron a la *Duquesa*; pero nosotros nos juntamos al galeón y a la otra barca comandada por Mr. Selkirk. Bordeamos toda la noche contra el viento, e hice encender el fanal para servir de guía. A las cinco de la mañana volví a enviar mi chalupa a la misma isla tratando de encontrar agua. A las diez Jaques Daniel, nuestro carpintero, murió. Hicimos una buena observación, Lat. 000,32 L1. S.

Día 20. Ayer por la tarde regresó la gente de la chalupa sin haber podido encontrar una gota de agua dulce sin embargo de haber avanzado tres o cuatro millas en el país. Esta isla es seca y árida en muchos lugares, cubierta de guijarros pesados y porosos que parecen gradería, y los pies se hunden allí como si se marchara sobre cenizas, lo que me haría conjeturar que hay aquí algún volcán. Se ve también matorrales y alguna verdura, sin ninguna apariencia de agua. A la media noche perdimos de vista al galeón y no quedó con nosotros sino la barca de Selkirk.

Día 21. Ayer a la tarde la *Duquesa* y el *Havre de Grace* se reunieron a nosotros. Los que estaban sobre la barca de la *Duquesa* habían cogido una gran cantidad de pescado y de tortugas que repartieron a nuestros enfermos que lo necesitaban mucho porque se habían acabado todas nuestras provisiones frescas y no les sentaba la carne seca. Admirados unos y otros de que el galeón y la barca de Hatley no estuvieran a la vista encendimos toda la noche luces en el «perroquete» del gran mástil y disparamos algunos cañonazos para facilitarles reunirse con nosotros; pero todo resultó inútil.

Me trasladé a bordo de la *Duquesa* en donde el Capitán Courtney que todavía estaba enfermo y los oficiales se com-

prometieron a esperarme aquí con el *Havre de Grace* y la barca de Selkirk mientras yo iba en busca de las otras presas. Esta mañana a las seis hice ruta al Este, en la creencia de que se hubieran extraviado por este lado, que es la entrada de las islas Galápagos y que hay extrañas corrientes que llevan de ordinario hacia el viento, en plena luna y en la luna nueva llevan al lado contrario.

Día 22. Ayer a las tres de la tarde descubrí al galeón frente a la isla oriental, pero la barca de Hatley no aparecía. A las nueve de la noche, Jacobo Scrouder, muy buen marino holandés, murió. Esta mañana seguí el mismo rumbo para ver si la barca estuviera oculta junto a la isla que está sobre el viento y disparé un cañonazo de nuestras pequeñas piezas para obligar al galeón a que acudiera a la cita, como así lo hizo.

Día 23. Ayer a las tres de la tarde estuvimos al alcance de la isla que está sobre el viento; pero no había ninguna vela en los alrededores. Nos acercamos a la roca marcada para la cita, sin encontrar al galeón, lo que nos hizo temer por la *Duquesa* y las dos presas que habíamos confiado a su guardia. Sin embargo, a las cinco le vimos salir de la rívera bajo los vientos de la roca, y hablamos con ellos en esta misma tarde, muy inquietos unos y otros de no encontrar la barca de Hatley que tenía a bordo cuatro de nuestros hombres. Temíamos que hubieran dado contra un escollo o que los dos prisioneros y los tres negros que tenían a bordo les hubieran masacrado mientras dormían; pero si estuvieran aun con vida estarían pasando muy mal, ya que al separarse de nosotros no tenían agua sino para dos días. De todas maneras, disparamos algunos cañonazos y encendimos luces toda la noche, en la esperanza de que pudieran vernos u oírnos. Por otra parte, como nos faltaba agua y la tripulación continuaba teniendo enfermos, resolvimos abandonar estas islas infortunadas después de visitar dos o tres de las que quedan bajo el viento. La noche última murió de fiebre maligna Laurent Carney. De todos aquellos que abordaron a Guayaquil no veo uno solo que no haya sido atacado del mal, mientras los demás no han sentido nada. Tenemos un médico, un boticario y algunos cirujanos; pero por mucho que haya creído con nuestros propietarios que traíamos buena cantidad de remedios para un viaje largo, resulta que comienza a faltarnos y que nuestros enfermos sufren. Yo me he protegido hasta

aquí contra la infección por el uso del «punch», y es por esta causa que yo mismo ordeno que se les dé a aquellos de los nuestros que se porten bien.

Día 24. Ayer a las cinco de la tarde derivamos al norte hacia otra isla que está al noroeste un cuarto al oeste, a quince leguas de distancia. Enviamos a ella nuestra chalupa para ver si podía encontrarse a la barca extraviada, o si hallaba agua, pescado, o tortugas. Tomás Hughes, uno de nuestros mejores marineros, murió hoy día, lo mismo que Mr. George Underbill, que no tenía más de 21 años y que había hecho progresos considerables en casi todos los conocimientos matemáticos y en otras ciencias: era de un natural muy civil, y bravo personalmente; se había encontrado en el combate en el que fué matado mi hermano y me había servido de teniente en Guayaquil. Otro joven, llamado Jean Anglois, murió a bordo del *Havre de Grace*. Hicimos una buena observación, Lat. 000.14 L 1 N.

Día 25. Ayer a las seis de la tarde mi chalupa regresó de la isla sin haber encontrado agua ni visto aparecer la barca. Esta mañana a las cuatro hice ruta hacia una isla que estaba al noreste, a cuatro leguas de nosotros, y la *Duquesa* fué a visitar al sud-oeste. En la noche última murió Pierre Marshall, uno de nuestros buenos marineros. Esta mañana mi chalupa se dirigió a otra isla con la barca de Selkirk. Hicimos una observación, Lat. 000.35 L 1 N.

Día 26. Anoche regresaron mi chalupa y la barca después de haber dado vuelta a la isla, sin encontrar agua, pero sí una cantidad de pescado y de tortugas. Esta mañana nos reunimos a la *Duquesa* que no había tenido mejor éxito en la busca de agua. A medio día, después de haber examinado la cantidad que teníamos de provisiones, creíamos que era de una absoluta necesidad ir a buscarlas en alguna parte del Continente, dándonos en seguida a la mar; por otra parte, recibimos la advertencia de que dos barcos franceses, el uno de 60 y el otro de 40 piezas de cañón, con algunos barcos de guerra españoles se pondrían en nuestro seguimiento.

Día 27. Ayer a las seis de la tarde teníamos el cuerpo de la isla más oriental al sudeste un cuarto al sur, a cuatro leguas de distancia, desde donde hicimos ruta para el continente. En la noche última murió Paunceford Vall, uno de nuestros soldados. El tiempo está cubierto de nubes y tenemos un viento fresco del sudeste.

Día 30. El tiempo se compuso y tuvimos algún fresco del sud, sud-este al sud un cuarto al sud-este. Forzados a proporcionar agua todos los días a la barca y al galeón, es necesario enviar para ello la gabarra, que hay que izarla al mar, causando un gran trabajo a mi tripulación que se encuentra agotada. Mr. Morel y los otros prisioneros nos dicen que en esta estación del año hay a menudo calmas entre estas islas y la tierra firme; de manera que si nos coge alguna estaríamos en peligro de carecer de agua y de sufrir mucho, aun cuando no durara sino pocos días. Si hubiéramos hecho buena provisión en Punta Arenas, tendríamos todavía tiempo para buscarla en la isla Santa María de la Aguada, que es una de las Galápagos, en donde hay una cantidad de agua buena, madera de ebanistería, tortugas de mar y de tierra, con una rada muy segura. Este es también el sitio al que teníamos designio de ir para permanecer ocultos algún tiempo. El Capitán Davis, uno de nuestros ingleses que corría estos mares hace más de 20 años, permaneció allí algunos meses y descansó sin inquietudes. El ha publicado que allí se encuentran bellos árboles propios para hacer mástiles, aunque yo no he visto tal cosa, como muchas otras de que nos han hablado los navegantes de este orden, con la esperanza de que pocas gentes pudieran contradecirles.

Aquí termina el fragmento, que hemos juzgado de interés transcribir en «Anales» de la Universidad —por curioso y por novelesco— de este diario de viaje que llega muchas veces a rozar lo legendario y lo fantástico. Diario de viaje de un pirata. Materia prima en que se han inspirado tantas y tantas novelas e historietas apasionantes que llevaron a nuestra adolescencia el ansia inconfesada pero perceptible de la aventura marítima bajo la sombra orgullosa de un pabellón negro de combate.

Lo que tantas veces hemos soñado —y se sigue soñando aún— vemos sucederse aquí a través de este relato escrito sobriamente y anotado muchas veces cuando el calor de la aventura no se había disipado todavía. En estos días aventureros podemos ver todos aquellos hechos que sólo la ima-

ginación concebía posibles: el ataque de una ciudad, sin importar lo más mínimo las fuerzas enemigas, la caza a una *nao* cargada de tesoros, la espera calculada de un navío cuya preciosa carga se conocía por confidencias y avisos secretos, el aguardar paciente de un convoy que llevaba a un obispo o a un funcionario cualquiera y que prometía bueno y rico botín. Y se puede sobre todo, sentir el latido intermitente de la pobre y magnífica vida colonial americana, deslumbrante en el paramento de las pequeñas cortes virreinales, y roída en lo más profundo de su ser por todas las repugnantes llagas que introdujo en las tierras americanas ese medioevo europeo tardíamente trasplantado. Se siente vivir un cuerpo adormecido o artificialmente anestesiado.

Pero lo que verdaderamente interesa —y con ello justificamos la aparición de este fragmento— no es aquello que podríamos denominar «técnica corsaria», de valor más bien sentimental, sino eso que está encerrado, muchas veces intencionalmente, en otras inconsciente o subconscientemente, en las páginas del diario. Es el dato histórico. Es el aporte extraño para hacernos conocer mejor una etapa de nuestra historia. Ese dato que nos permite saber a través de la rudeza, y en veces la ironía, del corsario inglés, y mezclado con la descripción de un navío o con el resultado de una observación sobre latitud y longitud, del vivir difícil y lento, rítmicamente atrasado, en el tiempo y por el espacio, de estas colonias americanas y sobre todo, del Virreinato del Perú. Virreinato soberbio, que cifraba su ambición en emular la riqueza de la corte española. Colonia administrada por un virrey, que era a veces un poeta, a veces un hombre enfermo, en otras un usurero, pero siempre de nobilísima sangre y estirpe hispana, como que representaba la persona de un sagrado Rey que vivía al otro lado del mundo.

Naturalmente, esta aventura de Guayaquil del Capitán Rogers ha sido anotada por los historiadores. De las acotaciones de estos historiadores se desprende, en primer lugar, que lo que más interesaba o se temía —y por temerse interesaba— en esta expedición, no era tanto la figura del corsario Rogers cuanto la de su piloto, Guillermo Dampier. Había una razón para esta temerosa preferencia: la de que el Capitán Dampier ya había visitado estas costas varios años antes, ejercitando y justificando su patente de corso. Venía, pues,

el piloto, precedido por una fama que no la tenía su jefe, de quien estas colonias oían el nombre por primera vez.

La costa del Pacífico sufrió las visitas de los corsarios en una época en que las costas atlánticas y antillanas, ya las habían soportado por largo tiempo. El paso por la Patagonia era difícil y aventurado todavía, para que se atrevieran a surcarlo con frecuencia las naves corsarias. Pero cuando el anuncio de una expedición pirata corría por los puertos en los boletines marítimos, sentían las colonias del Pacífico un intenso escalofrío de terror, ya que de ella podía esperarse todos los ataques y todos los «insultos», como dice Alcedo. Entonces despertaba de su molicie el español, y abría sus pesados párpados el criollo. Era necesario estar alerta. Y así, cuando se supo la presencia en el Pacífico de Rogers y Dampier, «se hicieron por el Virrey marqués de Castel-dos-Rius grandes preparativos para la defensa, entre ellos un alistamiento tan general, que no exceptuó ni a los clérigos, ni a los estudiantes de la Universidad y colegios de Lima, los cuales tomaron las armas organizados en compañías. Los gastos fueron crecidos y se echó mano hasta de los fondos que había en los ramos de Jerusalem y Cautivos. No se logró otro fruto que el que los piratas se ahuyentasen, pues no pudo encontrarlos el general de la mar del Sud Don Pablo Alzamora y Ursino, que el 16 de julio de 1708 salió del Callao con cinco navíos, tres de ellos españoles y dos franceses. Esta armada recorrió las costas del Perú, Panamá, Méjico y Chile, y regresó al Callao en 1710». (1)

Se explica que no los hayan encontrado, ya que el 16 de julio, los corsarios ingleses hacía ya casi tres meses que habían terminado la aventura de Guayaquil, sin ser molestados en lo más mínimo. Claro que la dificultad de comunicaciones en ese tiempo impedía una salida oportuna o una persecución de dudoso éxito. Poco tiempo después, el Capitán Rogers daba caza y abordaba, frente a las costas de México, a un galeón español que venía de Manila con destino a Acapulco. Antes había estado en el archipiélago de las Galápagos, en donde encontró buen refugio para su enferma tripulación, y en donde permaneció hasta que juzgó

(1) Mendíburo.—«Diccionario histórico-biográfico del Perú».

que la armada española que saliera del Callao a perseguirle debía estar desorientada.

El Padre Juan de Velasco, que escribió su «Historia del Reino de Quito», en Italia, sin documentos a la vista y confiado tan sólo —según es sabido— a su memoria, no registra este ataque a Guayaquil. Mas bien dicho lo registra, pero en esta forma: «En el 1709 fué tomada (Guayaquil) por Clíper-ton, famoso ladrón inglés. Acompañado éste de cuatro gatos, y sin más que un navío que robó en el mar del sur la tuvo aterrada por largo tiempo. Verdad es que la ciudad de Guayaquil fué vendida por su mismo Corregidor, puesto que teniendo entonces sobrada gente y armas, no hizo resistencia al pirata. Lo dejó entrar en paz: hizo que se acuartelase en la iglesia parroquial: permitió que la profanase con horrendas insolencias; y que saqueando la ciudad toda, sólo perdonase su casa».

Cronológicamente, el ataque referido por el padre Velasco corresponde al del Capitán Rogers, ya que Clíper-ton en unión de Dampier —que debe ser uno de los cuatro gatos mencionados— entró a Guayaquil a fines del siglo XVII, hacia 1680 o 1690. La confusión, que ha redundado en equivocación, según suponemos, debe estar en la presencia de Dampier en las dos expediciones inglesas. De ese nombre común debe haber sobrevenido el error del episodio registrado por el padre Velasco. Tampoco podemos admitir, según hemos visto, —y si se refiere al ataque de Guayaquil por el Capitán Rogers— la noticia de la felonía del Corregidor. Todo pudo haber sentido este señor —desde el miedo inclusive— ante los ingleses; pero no se sintió, podemos asegurarlo, propicio a la traición en ningún momento. Procuró salvar la ciudad, y ante la decisión contraria, y la flaqueza de los suyos —superiores en número— se doblegó a pagar un exorbitante rescate.

Este ataque a Guayaquil, indudablemente, debe haber tenido su repercusión en Quito, y esto habría sido interesante comprobar. Desgraciadamente, pese a los esfuerzos y a la buena voluntad encontrada, no nos ha sido posible dar este paso en los Archivos Municipales de Quito. Pero ya Dn. Pablo Herrera en su índice cronológico del Cabildo de Quito, anota escuetamente esta fecha: «3 de mayo.—Ataque a Guayaquil por los piratas», ante la que, si bien equivocada, ya que no fué en mayo sino en abril, podemos suponer

alguna clase de reacción a la noticia, por parte de la ciudad de Quito y sus pobladores.

De todas maneras, el diario es por sí mismo interesante y novelesco. La obra —inconclusa— que tiene la Biblioteca, es indudablemente una edición príncipe salvada del tiempo y de los hombres. Su título textual es VOYAGE / AUTOUR / DU MONDE, / COMMENCÉ EN 1708 & FINI EN 1711 / PAR LE CAPITAINE / WOODES ROGERS/. TRADUIT DE L' ANGLOIS, / TOME PREMIER/. OU L'ON A JOINT QUELQUES PIÈCES CURIEUSES / TOUCHANT LA RIVIERE DES / AMAZONES & LA GUIANE/. A AMSTERDAN, / CHEZ LA VEUVE DE PAUL MARRET, / DANS LE BEURS-STRAAT A LA RENOMMÉE / M.DCC.XVII. Y tiene además, escrita a mano, con una tinta empalidecida por el tiempo, esta advertencia posesoria: *«es de la librería de S. Gregorio»*. Reposa en nuestros anaqueles con este número de orden: 17-8-26.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL